

BOLSIBROS BRUGUEIRA

SS

SERVICIO SECRETO

"terror story"

adam surray





SS

SERVICIO SECRETO



ADAM SURRAY

TERROR STORY

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.148
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal: B. 25.771 – 1972
Impreso en España - Printed in Spain
1.^a edición: agosto, 1972

© ADAM SURRAY - 1972
texto

© JORGE SAMPER - 1972
cubierta

Concedidos derechos exclusivos n favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

1

DONALD MARTIN se consideraba un buen locutor. Un magnífico profesional. Había trabajado para la KBRG de San Francisco, por su dominio del italiano permaneció una temporada en la WTEL de Filadelfia, en la emisora WFAN-FM de Washington y actualmente prestaba sus servicios para un importante canal de televisión neoyorquino.

Donald Martin no se dejaba impresionar por los acontecimientos.

Narraba el cerco realizado a William Collier como si se tratara de un partido de béisbol. Pese a que cuatro policías de la Metropolitan yacían ya sin vida abatidos por el francotirador.

—Se elevan ya a cuatro las víctimas de William Collier en este sangriento tiroteo. Sí, señoras y señores. Un cuarto miembro de la Metropolitan Police ha caído cerca de la casa sitiada. Collier continúa haciendo gala de su mortífera puntería. Está rodeado. No tiene escapatoria posible. Sin embargo, se defiende con uñas y dientes. Ignoro la suerte que haya podido correr el matrimonio propietario de la granja. Conociendo a William Collier, no auguramos nada bueno —Martin procedió a darse un poco de jabón—. Les está hablando Donald Martin. Único informador de esta masacre. Lamento profundamente no tener a mi lado una de las cámaras, pero espero que mi voz llegue hasta... ¡Un policía está a pocas yardas de la casa! ¡Protegido por el fuego de sus compañeros! William Collier parece no haberse dado cuenta de la proximidad del agente. Se dispone a...

La voz de Donald Martin se apagó.

Quedó unos segundos en silencio.

En una pausa deliberada.

Su mano derecha seguía sosteniendo el micro con firmeza. De nuevo dejó oír su voz. Ronca. Con fingido dramatismo.

—Una quinta víctima... El policía ha recibido un balazo en el rostro. Se ha desplomado casi junto al porche de la casa. Llevó sus manos a la frente... está inmóvil... Nueva York, cuna del crimen, paraíso de asesinos, colmena de forajidos... Somos débiles. De tener mano dura con los asesinos no se hubiera producido la matanza en la prisión de Attica, Jack Kaufman no habría violado y asesinado a las cinco muchachas. Raymond Douglas no hubiera volado con dinamita la Nagle Company. Se evitarían crímenes enviando a la silla eléctrica a hombres como William Collier. A las fieras que pululan en la jungla del asfalto de Nueva York... Puedo ver a Collier. Dispara desde una de las ventanas de la primera planta.

Aquello era mentira.

Donald Martin no podía ver a Collier. Estaba muy distante. Parapetado en el interior de su «Buick». Asomando tan solo la cabeza por la ventanilla. Una posición poco airosa para el famoso Donald Martin. Su prudencia era lógica.

William Collier estaba demostrando ser un individuo muy peligroso.

Los cinco policías muertos lo atestiguaban.

Tres coches patrulla con una dotación de diez hombres rodeaban la casa. Esperaban refuerzos de un momento a otro. Sin duda se emplearían bombas lacrimógenas para reducir a Collier.

John Showalter, teniente de la Metropolitan Police, había ordenado a sus hombres no aproximarse a la casa. Cinco muertos era ya un precio muy elevado. Ahora tan solo respondían al fuego desde una prudente distancia.

En espera de los refuerzos.

William Collier se había refugiado en una granja de Hyland Road. Un arrabal situado al norte del Bronx. Afortunadamente, la casa se alzaba en solitario.

John Showalter profirió una soez palabrota al ver aproximarse aquel coche negro a gran velocidad.

No eran los refuerzos que esperaba.

Reconoció el «Pontiac» negro. Modelo «Tempest». Muy fúnebre. Pertenecía a Warren Ruggles. Al viejo Bear Warren. Agente especial encargado en la metrópoli de Nueva York. Uña y carne de John Edgar Hoover. Con plenos poderes. Temido y odiado. Su férrea disciplina, su avinagrado carácter, su úlcera... Todo junto le convertía en el hombre más respetado del Federal Bureau of Investigation.

Dos hombres en el «Pontiac».

Warren Ruggles y Glenn McGoohan.

McGoohan era el niño mimado de Warren Ruggles. Aunque todos le reconocían como uno de los mejores agentes del FBI. Llevaba tan solo tres años en la organización de Hoover, y en tan corto plazo había adquirido gran reputación por su valor e inteligencia. El único defecto en Glenn McGoohan era el ser poco disciplinado. Ruggles hacía la vista gorda. «Si uno de mis agentes es perfecto, deja de serme útil.» Era la frase preferida del SAC.

John Showalter le saludó respetuoso. Dominando su irritación por el hecho de que el FBI metiera las narices.

—Le tenemos sitiado, señor.

—¿Está seguro de que se trata de William Collier?

—Por completo. He cruzado unas palabras con el antes de que se iniciara el tiroteo. No se quiere rendir. Sabe lo que le espera si se entrega.

A Warren Ruggles le habían exagerado el apodo de Bear Warren; aunque ciertamente semejaba a un oso. Era fuerte y corpulento, pero tenía una gran agilidad de movimientos. Abundante pelo, rostro anguloso donde destacaban sus pobladas cejas y el grueso bigote. Sus manos eran grandes y velludas. A sus cincuenta y dos años continuaba con igual vigor que en su juventud. Él lo atribuía al hecho de no haber contraído matrimonio.

Dirigió una inquisitiva mirada hacia la casa, descubriendo a los cinco policías que yacían en la explanada.

—¿Cinco bajas?

John Showalter enrojeció.

—Sí, señor. Ese Collier es el mismísimo diablo. Dispara desde los ventanales superiores, baja a la primera planta... Tiene una

infernál puntería. Estoy esperando que lleguen los...

—No podemos esperar, teniente —interrumpió Warren Ruggles secamente—. Hay que acabar con William Collier. Le conozco bien. Por algo figura en la lista de los más buscados por el FBI. Es peligroso y astuto. ¿Se sabe algo de los propietarios de la granja?

—No, señor. Collier se ha negado a parlamentar sobre ellos.

—McGoohan...

El hombre que llegó con Ruggles se adelantó unos pasos. Era mucho más joven que su superior. Rondaba los treinta años. Rostro de correctas e inexpresivas facciones. Muy bronceado. De complexión atlética y ademanes felinos. Glenn McGoohan era un agente que jamás delataba sus emociones. Parecía poseer nervios de acero. Sus labios esbozaban con demasiada frecuencia una —sonrisa burlona e irritante. Se ajustaba perfectamente al G-men de las películas de Eddie Constantine.

—Diga, señor.

—¿Qué opina?

Glenn McGoohan tenía los ojos grises. Muy claros. Casi transparentes. Lanzó una mirada a la granja.

—Puedo hacerlo.

El teniente Showalter no pudo ocultar una mueca de desagrado e irritación. Aquellos fanfarrones del Bureau se consideraban paisanos de Clark Ken[1]. Para restar importancia a una posible hazaña del agente, John Showalter dijo:

—Hemos herido a Collier.

—¿Está seguro, teniente? —preguntó Warren Ruggles, que interiormente consideraba a los de la Metropolitan como aprendices.

—Durante unos minutos abatimos con fuego de ametralladora los cuatro ventanales de la casa. Se pudo oír el alarido de Collier. Un grito extraño y penetrante.

—¿De dolor?

—Pues... es de suponer que sí, señor.

—Para estar herido, sigue defendiéndose muy bien, teniente. No importa. Pronto dejará de molestarnos. ¿Qué necesita, McGoohan?

—Lo mencionado anteriormente por el teniente Showalter. Ráfagas de metralla sobre las cuatro ventanas.

—¿Piensa entrar por la puerta principal?

—Es posible.

John Showalter se permitió una irónica mueca.

—La puerta está acribillada a balazos. Tres de mis hombres, los que ahora yacen sin vida junto al porche, lo intentaron. Sin duda la puerta está protegida por un armario u otro mueble pesado. En caso contrario habría cedido. Uno de mis muchachos llegó hasta ella y vació el cargador en la cerradura, pero la puerta aguantó sin caer.

Glenn McGoohan no se inmutó.

—Bien. Entonces entraré por una de las ventanas.

—¿Por una...?

—No más palabras, teniente. Que sus hombres comiencen a disparar a una indicación de McGoohan.

John Showalter no deseaba ningún mal al agente del FBI, pero interiormente se alegraría de un posible fracaso.

—Muy bien, señor. Lo que va a hacer el agente McGoohan ya lo han realizado mis hombres con nulo éxito. William Collier apenas asoma la cabeza, pero sus disparos son mortales. La lluvia de plomo no le impresiona.

Glenn McGoohan se había despojado de la chaqueta, depositándola en el interior del «Pontiac». Fue entonces cuando sus ojos descubrieron el coche de Donald Martin.

—Aquel que deja ver la nariz por la ventanilla... ¿no es el bocazas de Donald?

—En efecto —respondió el teniente—. Llegó antes que nosotros. Precisamente fue él quien nos informó de la presencia de Collier.

—No me gusta... Donald es un gafe.

—Ignoraba que el FBI creyera en esas tonterías.

McGoohan dirigió una burlona mirada al teniente.

No hizo ningún comentario. Su diestra fue hacia lo funda sobaquera para apoderarse del reglamentario revólver calibre treinta y ocho.

—Ya pueden empezar a disparar sus hombres, teniente. También quiero que dos de los coches patrulla se aproximen a la casa. Muy lentamente. Eso distraerá la atención de Collier. Que disparen sobre los cuatro ventanales. Cuando yo esté junto al

porche, daré la orden de alto el fuego.

John Showalter procedió a formular las debidas instrucciones a sus hombres. Dos de ellos se colocaron al volante de los coches patrulla. Los demás, convenientemente parapetados, esperaban la orden de disparar.

Esta llegó en la voz del propio McGooohan.

—¡Fuego!

Una lluvia de plomo descargó contra las ventanas de la casa, a la vez que los dos coches de la Metropolitan Police se ponían en marcha con reducida velocidad. Avanzando verticalmente hacia la granja.

El sitiado William Collier respondía al estridente crepitar de las ametralladoras. Cambiaba de posición, yendo de una ventana a otra, aunque sin abandonar la planta superior. Su defensa era suicida.

Glenn McGooohan inició la carrera.

También suicida.

Avanzando en zigzag hacia una de las esquinas de la casa. Paralelamente al recorrido de los coches patrulla.

Veinte yardas le separaban del porche.

Uno de los autos de la Metropolitan detuvo su marcha al romperse el cristal delantero por los disparos de Collier. El plan de McGooohan estaba dando resultado. El sitiado centraba su atención en los coches patrulla.

Diez yardas.

El agente del FBI sintió cómo un súbito quemazón junto a su sien izquierda. Sus ojos se nublaron, perdiendo el equilibrio y cayendo al sucio. En un alarde de reflejos, giró sobre sí mismo repetidamente.

Aquello le salvó la vida.

Una ráfaga de ametralladora vomitó fuego a escasas pulgadas de él, pero McGooohan ya había logrado llegar bajo el porche. No se permitió un segundo de respiro. Cualquier leve indecisión podía resultar fatal. De ágil salto, se precipitó sobre el ventanal cuyos cristales aparecían rotos en su mayoría.

Cayó dentro de la casa.

Con los brazos se había protegido el rostro, no obstante, su

camisa se vio rasgada y con varios surcos sanguinolentos producidos por los cortantes cristales.

El hombre del FBI divisó la escalera que comunicaba con la planta superior. También descubrió, al pie de esa misma escalera, los dos cadáveres.

Un hombre y una mujer.

Cosidos a balazos.

Sin duda se trataba de los propietarios de la casa.

Glenn McGoohan comenzó a subir la escalera.

De pronto vio aparecer a William Collier en el rellano. Portando un fusil ametrallador. Con el rostro desencajado en feroz mueca.

El agente del FBI demostró haber recibido buenas enseñanzas en la Academia de Quantico. Mortífera puntería, rápidos reflejos y nervios a toda prueba.

Apretó el galillo de su «Smith & Wesson».

Una sola vez.

William Collier recibió la bala en el pecho. Trastabilló por la violencia del impacto, aunque sin llegar a caer.

Lanzó un espeluznante alarido de bestia herida retrocediendo hacia una de las habitaciones del corredor.

En el rellano quedó el fusil ametrallador. Un «M-16» de los utilizados por los marines.

Glenn McGoohan subió a grandes zancadas los peldaños.

La habitación donde se había introducido William Collier permanecía con la puerta abierta.

El agente del FBI avanzó con cautela. Materialmente pegado a la pared. Aprisionando con fuerza el revólver. La herida de Collier era mortal, pero no debía confiarse. McGoohan inspiró profundamente. De pronto su silueta se recortó bajo el marco de la puerta.

Semiencorvado.

Con el dedo en el galillo, presto a disparar.

Glenn McGoohan quedó sorprendido por la escena que se desarrollaba en el interior de la habitación.

No esperaba aquello.

William Collier estaba en un largo sofá. Con el pecho ensangrentado. Entre sus brazos sostenía a un niño de unos cuatro

años. El chiquillo estaba muerto. Una bala había destrozado su cabeza.

Y Collier estaba llorando.

Junto a los dos ventanales se veía un verdadero arsenal de armas de todo tipo. Una ametralladora «Browning», ya sin munición, un fusil automático «Sien», una «Beretta», calibre 7,65, una «Magnum»...

Los ojos de William Collier se posaron en el agente del F.B.I. Parecían no verle. Estaban vidriosos. Velados por la fría mano de la muerte. Collier inició muy pronto su carrera criminal. Ahora, a los treinta y dos años, la había finalizado. Era muy alto, con unas manos de largos dedos engarriados como zarpas. Rostro alargado, ojos saltones muy negros, nariz aguileña, pómulos hundidos y boca carnosa. En su mejilla izquierda lucía un recuerdo de juventud. Una cicatriz que le iba desde el ojo a la comisura de los labios. Aquella cicatriz tenía un verdoso color. Abrazaba con fuerza el cuerpo del niño.

—Malditos... malditos hijos de perra... os mataré...

William Collier depositó con suavidad el inerte cuerpo del niño en el sofá. Se incorporó trabajosamente, pero sus fuerzas flaquearon y se desplomó de bruces.

Se arrastró por el suelo hacia McGoohan entreabriendo los labios.

Fue entonces cuando lanzó su maldición.

—Os mataré... regresaré del infierno... para acabar con... vosotros... os mataré uno a uno... Juro que regresaré...

William Collier dio la vuelta, quedando boca arriba. Inmóvil. Con los ojos desorbitados y fijos en el techo. Con una satánica mueca en el rostro.

Había muerto.

Pero William Collier era hombre de palabra.

Regresaría del infierno para cumplir su juramento.

* * *

El departamento del Federal Bureau of Investigación en Nueva York estaba enclavado en el centro de Manhattan. El despacho del SAC, o agente especial encargado, Warren Ruggles, no se

diferenciaba mucho de los demás. Severo, pero comfortable. Una amplia mesa sostenía el interfono, cuatro teléfonos e infinidad de papeles y documentos *top secret*.

Los periódicos vespertinos publicaban a grandes titulares la muerte de William Collier. El sangriento tiroteo en la granja de Hyland Road con un balance de nueve muertos. Las revistas especializadas habían lanzado números extraordinarios. El rotativo Death, dedicado por completo a la crónica negra, publicó un extenso reportaje con profusión de macabros y sensacionalistas detalles. El Death era una repugnante basura con una tirada fabulosa. El público devoraba con morbosos placer el semanario de sucesos.

—¿Qué le parece, Glenn?

McGoohan depositó el ejemplar del Death sobre la mesa.

—Nauseabundo.

—Sí. Esa es la palabra exacta. La información tan detallada la debe haber proporcionado el bocazas de Martin.

—No debí comentar la maldición de Collier delante de ese locutor.

Warren Ruggles arqueó sus pobladas cejas.

—¿Por qué no? ¿Acaso cree en ella?

—No, aunque... William Collier parecía muy convencido de poder cumplirla.

—Collier está muerto. Y con él se cierra una vida dedicada al crimen. Salió del reformatorio de Elmira, pero a los veinte años fue detenido por tráfico de drogas. Más tarde, robo a mano armada en unos almacenes. Una temporada en la prisión de Albany, para luego volver a realizar múltiples fechorías. Secuestro y muerte del hijo del magnate Stuart Freischer, nuevo robo y asesinato en una gasolinera, muerte de un patrullero... Un triste historial de violencia y crimen. Hemos realizado un buen trabajo. Uno menos en nuestra lista.

—¿Queda cerrado el caso, señor?

—¿Por qué lo pregunta?

—Pues... existen muchos puntos oscuros.

—¿Se refiere al niño que apareció junto a Collier? La policía está investigando eso.

—¿No era hijo de los Mitchell?

—No. El matrimonio de la granja solo tenía una hija, que por cierto no vivía con ellos. El niño se llamaba Freddy y estaba al cuidado de los Mitchell desde hace un par de años. Es el único dato que han podido facilitar los vecinos. Desgraciadamente, el pequeño murió bajo el fuego de la policía. Estaba cerca de Collier. Una de las balas perdidas le alcanzó.

—El niño era hijo de William Collier.

Warren Ruggles sonrió lobuno. Apreciaba a McGoohan, pero a veces le consideraba algo torpe. O tal vez demasiado listo.

Sí.

Eso era.

Glenn McGoohan se pasaba de listo con frecuencia.

—¿De veras, Glenn?

—Lo encontré llorando, abrazado al cadáver del niño. ¿Recuerda el grito que nos relató el teniente Showalter?

—Collier no estaba herido.

—Correcto. No estaba herido. Su desgarrador grito fue al ver al niño alcanzado por los disparos.

El SAC entornó los ojos.

Tal vez fuera cierta la paternidad de Collier.

—William Collier frecuentaba esa casa —continuó McGoohan con voz carente de inflexión. Sin dar importancia a sus deducciones—. Lo demuestra el hecho de que tenía allí un auténtico arsenal a su disposición. No era su primera visita a la granja de los Mitchell.

—El teniente Showalter está investigando la identidad del niño. Por otra parte, la autopsia revelará si efectivamente era hijo de William Collier. También se ha descubierto de dónde sacó la información Donald Martin. Él mismo dio aviso a la Metropolitan.

—¿Martin?

—Sí. Una muchacha habló con él por teléfono. Quedaron citados en un *snack*. Ella le dijo que encontraría a William Collier en la granja de Hyland Road. Le sacó mil dólares por la información. Donald Martin, ya en camino hacia la casa de los Mitchell, dio aviso a la policía.

—Muy gentil. ¿Quién era la muchacha?

—No quiso decir su nombre. El teniente también quiere dar con

ella. Lo verdaderamente importante es que Collier ha dejado de existir. Era un mal bicho. Puede retirarse, Glenn, lo felicito por su hazaña.

McGoohan se incorporó, respondiendo rutinario:

—Gracias, señor.

Parecía acostumbrado a recibir continuas felicitaciones. Minutos más tarde, el agente del FBI abandonaba el Departamento.

Manhattan era un hervidero humano. Aquella era la hora de cierre de oficinas y establecimientos. Hombres y mujeres corrían hacia el *subway*, bajo tierra, único medio rápido de desplazarse de un lugar a otro de la gran urbe. En la superficie el tráfico era intenso. Capaz de destrozar los nervios más templados. Las luces de neón ya iluminaban las calles neoyorquinas. Luminosos en rojo, amarillo y azul parpadeaban en reiteradas intermitencias.

Glenn McGoohan se encaminó hacia el parking para acomodarse frente al volante de su «Mustang» gris. Un modelo de la Ford, ya algo antiguo, pero que respondía perfectamente.

Se dirigió hacia la Rockefeller Plaza, avanzando paralelamente a la concurrida Madison Avenue. Antes de llegar a la plaza, aproximadamente a la altura de la East 47Th Street, desvió el volante a su izquierda. La obligada detención ante un semáforo le permitió encender un «Pall Mall». McGoohan odiaba los cigarrillos con filtro. Exhaló el humo introduciendo la primera velocidad. Se adentró por una calle donde abundaban las *steaks houses*. Puede que en una de ellas decidiera cenar. Un buen filete y una jarra de cerveza. Solo le fallaba compañía.

A Glenn McGoohan no le gustaba comer solo.

Estacionó el «Mustang» lo más próximo posible al 133 de Vidor Street. El hombre del FBI tenía allí su cueva. Un reducido, pero confortable apartamento. Lo alquiló a su llegada a Nueva York. Descendió del auto penetrando en el edificio.

Saludó al recepcionista.

—Hola, buitre.

Frank Cray correspondió con un gruñido. Estaba algo sordo. Su pasión eran las apuestas. Cuando se ponía en comunicación con su agente, su vozarrón era audible en todo el edificio. Jamás apostaba más de cinco dólares. Era tan prudente como sordo.

Glenn McGooohan se introdujo en el elevador. Silbando alegremente el tema central de *Love story*. Recordaba haber visto la película a primeros del 71. No por su propio deseo, sino siguiendo a un individuo. *Love story*. Casi vomitó de emoción. McGooohan no era un tipo romántico. El filme no le gustó, pero la música era de su agrado. Pese a no estar «in» la recordaba con frecuencia.

Avanzó por el corredor.

Su apartamento era el 7-D, sin embargo, se detuvo frente al señalizado con el número 3-D. Pulsó el llamador.

Sonriente.

Estaba seguro de no cenar solo aquella noche.

La puerta se abrió.

—Hola, Patty. Yo...

La hoja de madera volvió a cerrarse. Con brusquedad. A escasas pulgadas de la nariz de McGooohan. Este no se inmutó. Continuó sonriente. Empezó a contar mentalmente. Antes de llegar a diez, la puerta volvería a abrirse. Estaba seguro. Conocía a las mujeres.

A la cuenta de ocho, se abrió la puerta.

La muchacha que apareció bajo el umbral era algo fuera de serie. Capaz de hacer suspender una asamblea de la ONU con la China de Pekín incluida. En su semiovalado rostro destacaban unos ojos verdes, rasgados, de mirada de fuego...; los labios gordezuelos y húmedos, tentadores... Vestía para «andar por casa». Un jersey lila dos tallas menos, una minifalda a cuadros blanca y negra se ceñía a su cintura de odalisca, resaltando la pronunciada curva de sus caderas.

Todo un bombón.

—¿Qué quieres, Glenn?

McGooohan inclinó la cabeza.

—Pedirte perdón.

Aquello sorprendió a la muchacha. No lo esperaba. No era normal el pedir perdón en un hombre como McGooohan.

—Glenn, yo...

—No digas nada, Patty. Sé que me he portado muy mal contigo y no merezco tu perdón. No te molestaré más...

Glenn McGooohan hizo ademán de retirarse, pero interiormente estaba seguro de la llamada de la joven.

—No seas tonto, Glenn —Patty, su linda vecina, le retuvo por el brazo, introduciéndole en el apartamento—. Anda, pasa. Cierto que estoy muy enfadada contigo, pero no soy rencorosa.

—En desagravio pensaba invitarle a Le Pavillon.

Patty desorbitó los ojos.

—¿Al restaurante francés?

—Claro.

—¡Oh, Glenn...! ¡Eres maravilloso...! En unos minutos estaré lista.

—No era precisamente hoy, Patty —murmuró McGooohan, pensando en los cuarenta dólares de una cena en Le Pavillon—. Mañana... o el martes...

El entusiasmo desapareció del rostro femenino. Hizo un gracioso mohín de disgusto.

—Tratabas de engatusarme, ¿verdad?

—¿Yo? Sabes que eso no es cierto. Únicamente deseaba cenar aquí, contigo. Pollo frío, una botella de champaña...

—Eres un...

La muchacha no pudo terminar la frase. Los labios de McGooohan cerraron su boca con un apasionado beso.

Patty se separó algo sofocada.

—Te veo venir, Glenn.

McGooohan sonrió, rodeando la cintura de la joven y abandonando el *living*. Pasaron a un coquetón salón-comedor.

—No seas malpensada, Patty. Tengo hambre y...

—No hay pollo frío ni champaña.

—¿Y la botella del otro día?

El hombre del FBI se mordió los labios apenas formulada la pregunta.

—La botella del otro día, querido Glenn, después de haberte esperado durante dos horas, la vacié por el lavabo. ¡Dos horas de espera! La mesa preparada, flores, dos románticas velas, pollo frío, champaña... ¡Todo menos tú! El pollo quedó helado y yo...

McGooohan la calmó con un segundo beso.

—Olvidado, ¿eh? Me fue imposible acudir. Prepara ahora cualquier cosa para cenar. Mientras tanto, serviré unos vasos de whisky.

Patty inspiró profundamente. El jersey lila pareció próximo a estallar, incapaz de contener los turgentes senos femeninos. La muchacha se encaminó hacia la cocina murmurando ininteligibles palabras.

El mueble-bar estaba bien surtido. Whisky, ron, gin, vodka, brandy, vermut... Glenn McGoohan atrapó una botella de «Johnnie Walker». Se sirvió cuatro dedos de whisky y dos de soda. Sin hielo.

Con el largo vaso en su diestra, se acomodó en un sofá tapizado en rajo y con botones de la Marina americana. Frente al televisor, pulsó el mando a distancia. Mientras aparecía la imagen en la pantalla, extrajo la cajetilla de tabaco.

Instintivamente arrugó la nariz.

En la pantalla había aparecido el bocazas de Donald Martin.

El agente del FBI iba a cambiar el canal, pero en última instancia, optó por escuchar a Martin.

Dio volumen.

La voz de Donald Martin le llegó nítida.

—...la noticia del día no es la que todos suponen. Ciertamente está relacionada con William Collier Enemigo público número uno. Su muerte bajo el fuego del FBI ya es conocida, pero yo voy a ofrecerles una primicia. Algo sorprendente. Una noticia que les hará estremecer en sus asientos. Hace muy pocos minutos me ha sido facilitada por Hugh Rooney, editor propietario del rotativo Death. Consiste en una simple carta. Una carta enviada a la redacción del Death. Yo tengo un duplicado. El original está ahora en poder de la Metropolitan Police. Sí... una extensa carta enviada por William Collier desde el infierno.

* * *

Donald Martin había hecho una larga pausa.

Deliberada.

Para dar más fuerza y dramatismo a sus palabras.

Patty se acercó en ese momento, procedente de la cocina. Contoneando con innato ondular sus caderas.

—¿Y mi whisky, Glenn? Tu galantería deja mucho que...

McGoohan la interrumpió, llevándose el dedo índice a los labios. La muchacha guardó silencio, fijando también sus ojos en la

pantalla del televisor.

Donald Martin tenía una cuartilla en sus manos. Los focos del estudio hacían brillar diminutas gotas de sudor en su frente. Continuó hablando.

—Los periódicas y agencias informativas han comentado ampliamente la muerte de William Collier. Una bala en el pecho. Muy cerca del corazón. Esto ocurrió a primeras horas de la mañana. También ha sido publicada la maldición de Collier. Su venganza desde el Más Allá. Todo un absurdo... de no ser por la carta enviada al Death. La firma William Collier. Y su contenido...

Nueva pausa de Martin.

Se pasó la punta de la lengua por los resecos labios.

Comenzó a leer.

Con lenta y reposada voz.

—«Mi nombre es William Collier. Muy conocido en la odiada ciudad de Nueva York. Ahí me he criado como un perro, he vivido como un perro... y muerto como un perro rabioso. Mi cadáver aún está caliente. No ha sido necesario un pacto con Satanás. Estoy aquí. Dispuesto a vengar mi muerte... y la de mi hijo Freddy. Sí. Ese niño de cuatro años, era mi hijo. Está muerto. Y mi venganza se recordará como la más espeluznante historia de terror; pero no podrá ser rememorada por los habitantes de Nueva York. La ciudad también va a ser víctima de mi venganza. Sus diez millones de habitantes perecerán. Ya he madurado mi plan de acción. Sé cómo destruir Nueva York. Todo seguirá un orden. En primer lugar, pagarán los principales causantes de mi desgracia de la muerte de mi Freddy... Yo, William Collier, desde el Reino de las Tinieblas, sentencio a Claire Mitchell por su traición al delatarme. En segundo lugar, a Donald Martin por comunicar a la policía mi paradero. A Hugh Rooney, por sus repugnantes artículos en el Death, publicando fotografías del cadáver de mi Freddy y añadiendo repulsivos comentarios. Y, por último, a Glenn McGoohan, agente del FBI, causante de mi muerte. Después le tocará el turno a toda la ciudad de Nueva York. A sus diez millones de ratas. Podéis reír, malditos, reír... Os espero a todos en el infierno.»

Donald Martin dobló el papel.

Sus labios esbozaron una sonrisa.

—Esta es la carta enviada a la redacción del Death. Con ella,

queda demostrado el macabro sentido del humor neoyorquino. El bromista que la escribió, es un esquizofrénico con delirios de...

Glenn McGooohan cortó la emisión. Comenzó a beber el whisky a pequeños sorbos. Patty le contemplaba algo intranquila.

—No pareces muy afectado, Glenn.

—¿Por qué iba a estarlo?

—¿Crees que se trata de un perturbado?

—No.

—No pensarás que Collier...

El hombre del FBI sonrió.

—Eso se da por descontado. No creo en fantasmas ni en muertos vivientes, pero tampoco estoy de acuerdo con Martin. El autor de la carta no es un esquizofrénico. Debe ser obra del cerdo de Hugh Rooney. Se envía él mismo la carta. De seguro, mañana publicará otro nauseabundo número extra, que se venderá como rosquillas. Puede incluso que el propio Donald Martin no sea ajeno. Un ardid macabro para aprovechar la absurda maldición lanzada por Collier.

Patty asintió.

—Sí, esa es la versión más lógica. Espero que Claire opine igual y no se deje dominar por el miedo.

Glenn McGooohan detuvo el iniciado ademán de llevarse el cigarrillo a los labios. Dirigió una penetrante mirada a Patty.

—¿Acaso conoces a esa Claire Mitchell?

—Sí... bueno, conozco a una Claire Mitchell. Aunque puedo que no sea la relacionada con la carta de... de Collier.

—¿Tiene a sus padres en Hyland Road?

—No lo sé. La conozco muy poco. No es amiga mía. Durante una temporada mantuvo relaciones con mi jefe. Le visitaba con frecuencia en el despacho.

—¿Sabes dónde vive?

—¿Claire? No, pero sé dónde trabaja. En un *night-club* cercano a Gramercy Park. En el Capricorn. Con el nombre artístico de Claire Keller.

—Vamos allí.

Patty dio un respingo.

—¿Ahora? ¡Ya tengo preparada la cena!

—Te invitaré a un restaurante.

—Lo dudo.

—Sabes que soy hombre de palabra.

La muchacha arrugó deliciosamente la nariz.

—Precisamente por eso dudo. En fin... Voy a cambiarme de ropa.

—Cinco minutos.

—*Okay*.

Patty rompió con la tradición femenina. A los cinco minutos exactos, en un alarde de rapidez, apareció en el salón, luciendo un *minishort* y chaqueta en algodón *beige*, con cremallera en el busto. Los largos y esbeltos muslos de la muchacha quedaban por completo al descubierto con aquellos reducidos *hot-pants*.

McGoohan admiró su belleza.

—Eres la mujer ideal. Patty. Diligente, buena cocinera y bonita.

—¿Por qué no te casas conmigo?

—Entonces, dejarías de ser la mujer ideal.

—Muy gracioso.

Abandonaron el apartamento introduciéndose en el ascensor, que les condujo a la planta baja.

Glenn McGoohan, temeroso de que se hubiera recibido llamada en su apartamento, se acercó al recepcionista.

—Oye, Frank, ¿han preguntado por mí?

El conserje parpadeó perplejo.

—¿Que no puede dormir? ¡Y a mí qué me cuenta!

Patty soltó una alegre carcajada.

El agente del FBI, por el contrario, no pudo evitar el proferir una fea palabrota con relación a la familia de Frank Gray.

Cogió a Patty por el brazo, saliendo a la calle.

—Ese Frank, cada día más sordo.

—A mí me resulta simpático.

Se encaminaron hacia el aparcado «Mustang».

—¿Has dicho el club Capricorn? No me resulta familiar...

—Enfila hacia la East 22Th Street. Desde allí te indicaré el camino a seguir.

Se acomodaron en el asiento delantero.

Glenn McGoohan deseaba adelantarse al teniente Showalter. La

policía estaría tras la pista de la mujer. Siempre que esa Claire Mitchell fuera realmente la hija del matrimonio Mitchell, de Hyland Road.

El motor del «Mustang» rugió, arañando el asfalto.

¿Lograría también adelantarse a William Collier?

2

EL CAPRICORN, no era un club de campanillas. Modesto. Con una sola orquesta frente a la circular pista. La única atracción parecía ser la de Claire Keller. Al menos, solo la anunciaban a ella en los carteles exteriores. Las mesas rodeaban la pista. Al fondo de la sala un largo mostrador donde se acodaban provocativas las *girls*, en espera de clientes para bailar. El Capricorn seguía el método utilizado en muchos *night-clubs* de Broadway. El cliente, a la entrada, compraba varios tickets. A quince centavos el boleto. Con él se tenía derecho a un baile con una de las chicas de la casa. Un baile muy corto, por supuesto. También podía sentarse en una mesa con la mujer elegida. Ella le recordaría, cada dos minutos, la entrega de un ticket. Un procedimiento caro para entablar conversación con una mujer.

Patty y McGoohan se acomodaron en una mesa alejada de la pista. Un camarero acudió para tomar nota del pedido.

El agente del FBI le formuló la pregunta.

—¿Cuándo actúa Claire Mit... Claire Keller?

—Ya lo ha hecho, señor. El próximo pase será dentro de dos horas. Si desea hablar con ella, no tardará en aparecer por la sala.

—Gracias.

Patty abrió su bolso de mano para extraer una cajetilla de «Thins». McGoohan rechazó con un ademán el mentolado cigarrillo.

—¿No me sacas a bailar, Glenn?

—No. Sí le tengo entre mis brazos, tal vez olvide asunto que me ha traído aquí. Eres muy peligrosa.

—Bonita disculpa. Me gustaría saber qué interés te guía hacia

Claire. Tú mismo reconoces que la carta es un truco de Hugh Rooney. ¿Temes acaso por la vida de Claire Mitchell?

—No. Solo quiero hacerle algunas preguntas relacionadas con la muerte de sus padres. Siempre que Claire Mitchell, la de aquí, sea hija del matrimonio asesinado en Hyland Road.

—Tú estabas en la granja.

—Hay algún punto oscuro que quiero aclarar. ¿Ves a Claire por la sala?

Los verdes ojos de Patty recorrieron inquisitivos el local.

—No... A decir verdad, ya casi no la recuerdo. Rompió sus relaciones con mi jefe hace bastante tiempo.

—¿Cómo sigue tu trabajo de secretaria?

—Muy bien. Me han ascendido. Ahora soy la tercera secretaria del jefe, la que realiza todo el trabajo. La misión de la primera secretaria es sentarse en las rodillas del jefe. La segunda secretaria vigila una posible llegada de la mujer del jefe. Y todo el trabajo para mí. Soy una verdadera esclava.

—Si Lincoln levantara la cabeza

Patty rio divertida.

La orquesta, por llamar de alguna forma al grupo de seis individuos, interpretaba un trepidante tema de los Beatles. Uno de los primeros éxitos del separado conjunto de Liverpool. Con muy poca fortuna. En el Capricorn, no se daba cita la juventud. La «generación del mañana» buscaba las estridentes y sicodélicas *discotheques*, donde poder retorcerse y berrear con mayor libertad. El Capricorn era para hombres maduros y solitarios. Para maridos aburridos que deseaban bailar con una bella mujer. Por la nutrida concurrencia masculina, se deducía que el porcentaje de maridos aburridos era muy elevado en Nueva York.

El agente del FBI se incorporó.

—¿Adónde vas? No pensarás dejarme aquí sola, ¿verdad, Glenn?

McGoohan dio unas palmaditas en la mejilla de la muchacha.

—Cuestión de minutos, pequeña. Esto se encuentra cada vez más concurrido y la iluminación no es muy buena. Imposible que puedas dar con Claire. Yo iré a buscarla.

—¡Glenn...!

McGoohan hizo caso omiso a la llamada de la joven. Avanzó con dificultad por entre las mesas, aproximándose al mostrador. Una rubia de opulentos senos le sonrió sensual. El pintarrajeado rostro no disimulaba sus treinta y ocho años. Las jovencitas ya danzaban en la pista. Todas muy solicitadas.

El agente del FBI hizo una seña al *barman*. Este se inclinó confidencial sobre el mostrador, esperando la pregunta.

—No veo a Claire por la sala...

El del mostrador sonrió ladinamente.

—Yo tampoco.

—Necesito hablar con ella.

—Claire es muy lenta en cambiarse de ropa. Después de su actuación, se demora unos treinta minutos en aparecer por aquí. Si tiene prisa... es preferible que vaya a verla a su camerino. Entre por aquella puerta situada tras el tipo gordo de la batería.

—Okay, amigo.

Glenn McGoohan tuvo que trazar un semicírculo por toda la sala para poder aproximarse a la puerta indicada, ignorando deliberadamente el cartelito de «private», empujó la hoja de madera. Se encontró ante un largo corredor húmedo y tétrico. Débilmente iluminado. En la segunda puerta, a la izquierda del pasillo, leyó el nombre de Claire Keller.

McGoohan hizo girar el picaporte.

La puerta cedió.

El espectáculo que se ofreció a los ojos del G-men era fabuloso; pero Glenn McGoohan demostró una vez más su sangre fría. O su autocontrol.

La mujer estaba sentada frente al espejo del tocador. Peinando con maquinales movimientos la negra mata de pelo que caía sensual sobre sus desnudos hombros. Lucía un reducido y transparente dos piezas. Sin necesidad de girar la cabeza, vio a McGoohan reflejado en el espejo.

—¿No te han enseñado a llamar, marrano?

Glenn McGoohan sonrió, aproximándose.

La chica era fina.

—¿Claire Mitchell?

—Sí. ¿Qué quieres?

El agente del FBI dudó unos segundos. Aquella no debía ser la mujer que buscaba. Su indiferencia no era fingida. No podía comportarse así una mujer cuyos padres habían sido asesinados aquel mismo día.

McGoohan sacó su credencial, situándola delante de la mujer. Esta experimentó un cambio radical. Apretó sus carnosos labios con fuerza.

—No tengo nada que decir.

Glenn McGoohan volvió a sonreír.

Se había equivocado.

Sí, era la mujer que buscaba. El «no tengo nada que decir» lo indicaba.

—¿De veras, Claire? Yo opino lo contrario.

—Adiós, polizante.

—Mi deseo era interrogarte aquí, pero creo que no va a ser posible. Ponte algún trapo por encima. Me acompañarás al Departamento.

Claire suspiró resignada. Su rostro tenía un marcado cariz sensual. No era bella, pero sí diabólicamente seductora. Su cuerpo era perfecto, como el de una diosa griega. El sucinto dos piezas dejaba poco para la imaginación.

—De acuerdo... os esperaba de un momento a otro. Y cuanto antes terminemos mejor. Puedes empezar con tus preguntas.

—Creo que no estás al corriente de muchas cosas, Claire. Tus padres tienen una granja en Hyland Road, ¿cierto?

—Sí.

—Han muerto asesinados a balazos. ¿Lo sabías?

—Sí. De vez en cuando leo los periódicos. Hoy ha sido uno de esos días.

McGoohan contempló duramente a la mujer. No tendría más de veinticuatro años. Conocía a muchas como ella. Indiferentes a todo, crueles, embrutecidas por las drogas, el vicio... pero Claire era algo inhumano. Su brutal indiferencia hacía estremecer.

—No pareces muy afectada, Claire.

—No me llevaba bien con mis viejos. Me arrojaron de casa cuando contaba quince años; no obstante, les visitaba una vez al mes. Recibían muy contentos los cien dólares que les daba.

—¿Hoy fue día de visita?

—Ayer noche.

—Y allí estaba William Collier, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué no avisaste a la policía en vez de acudir a Donald Martin?

Claire rio burlonamente.

—La policía no me hubiera dado mil dólares.

—¿Collier frecuentaba la granja?

—¡Oh, sí! Una vez por semana. Iba a ver a su hijo Freddy. El niño estaba al cuidado de mis padres desde hacía un par de años. Mis encuentros con Collier eran muy frecuentes. Coincidíamos en nuestras respectivas visitas. Quinientos dólares mensuales era el pago que recibían mis padres por cuidar de Freddy... y guardar silencio. Yo no simpatizaba con William Collier. Ayer me pegó. El muy bastardo se atrevió a ponerme las manos encima...

—Y por eso le denunciaste.

—Sí. Le amenacé, pero él no lo creyó. Me consideraba incapaz de delatarle.

—Sabiendo el peligro que corrían tus padres.

La mujer se encogió de hombros.

—Ignoraba lo que iba a suceder. Lo más lógico era suponer que Collier se entregaría al verse rodeado por la policía. No ocurrió así y lo lamento.

—No llores, Claire.

Los ojos de la mujer llamearon furiosos.

—¡Mis padres no han hecho nada por mí! ¡Nada! ¡Jamás me demostraron afecto! ¿Por qué voy a llorar yo? ¡Eran como dos desconocidos para mí! Únicamente apreciaban los cien dólares que les entregaba al mes. Eran crueles, avaros, egoístas...

—Y eran tus padres.

—¿Vas a soltarme un sermón, polizonte?

—No, nena. No me gusta perder el tiempo. Pronto recibirás la visita del teniente Showalter, de la Metropolitan Police. Tu obligación era informar a la policía del paradero de Collier. Has encubierto a un peligroso asesino por espacio de dos años. Y eso se castiga.

—No os tengo miedo.

—¿Tampoco a la venganza de Collier?

Claire rio en estridente carcajada.

—No me asusta la maldición de un muerto.

—Puede que mañana cambies de opinión, al leer los periódicos. Te aconsejo el número extra del Death.

—¿Qué quieres decir?

—William Collier ha enviado una carta a la redacción del Death.

—¿Collier? Muy gracioso.

—En ella sentencia a unas cuantas personas. Tú figuras la primera en la lista, por haberle traicionado y...

El agente del FBI se interrumpió bruscamente. Entornó sus grises ojos para dirigir una inquisitiva mirada a la mujer. Con tensa voz, le formuló la inquietante pregunta.

—¿Quién estaba al corriente de tu traición a Collier?

—Donald Martin. Me comuniqué con él.

—Pero Martin no sabía que tú eras Claire Mitchell.

La mujer palideció.

—No...

—Entonces... ¿cómo aparece tu nombre en la carta enviada al Death?

Claire reaccionó histérica. Se incorporó, respirando agitadamente. Sus senos subían y bajaban contenidos con dificultad por el reducido sujetador.

—¡Estás mintiendo! ¡Tratas de asustarme, maldito! ¡Solo Collier o mis padres podían sospechar mi traición! ¡Solo ellos! ¡Y están muertos! ¡Muertos! —la mujer extendió el brazo derecho, señalando hacia la puerta—. ¡Fuera! ¡Fuera de aquí, hijo de perra!

Glenn McGooohan esbozó una sonrisa.

—Nos volveremos a ver, Claire.

El agente del FBI estaba equivocado.

No volvería a ver a Claire Mitchell.

Al menos con vida.

El cupé de dos asientos era de un llamativo color plateado. El «AMX», de la American Motors se detuvo con suave frenar frente al 832 de la Levin Avenue. Su conductor era un individuo cuyos grises aladares teñía una vez a la semana, dos veces al mes una sauna y todos los días sesión de masaje. El resultado era nulo. Roben Rowan seguía aparentando sus cuarenta y ocho años. Dirigió una lasciva mirada a Claire Mitchell.

La mujer estaba sentada a su lado.

Muy cerca.

Lucía un conjunto *gipsy*, en algodón, compuesto por una miniblusa anudada por encima de la cintura, dejando esta al descubierto. La falda era una «maxi», con abertura lateral y seis botones dorados. Claire solamente tenía abotonados los dos primeros.

Era muy descuidada.

Su desnudo muslo, muy pegado al de Robert Rowan.

—Ha sido una velada maravillosa, Bob.

—¿No me invitas a una copa? —preguntó Rowan con ronca voz.

—¿Ahora? ¡Ya casi está amaneciendo!

—¿Y qué?

Claire hizo un sensual mohín.

—No, Bob. Otro día, tal vez...

—¿Puedo ir mañana a buscarte al Capricorn?

—Por supuesto, querido.

Robert Rowan atrapó rudamente a la mujer por la atura, atrayéndola contra sí. La mano del hombre, fría y húmeda, acarició el talle femenino, mientras la besaba. Claire correspondió de buen grado. El beso se prolongó. La sangre se había agolpado en sus sienes y corazón le latía descompasado.

—Claire...

La mujer abrió la portezuela del coche, riendo.

—Hasta mañana, Bob. Piensa un poquito en mí.

El hombre contempló con vidriosa mirada la marcha Claire. Dejó pasar unos minutos, antes de poner en movimiento el cupé. El médico le había prohibido las emociones fuertes, pero aquella mujer le dejaba cercano al infarto. Ya recuperado, pisó el pedal del gas, subiendo por la Levin Avenue.

Claire Mitchell se había introducido en el 832.

El edificio era de reciente construcción. Destinado en mayoría a apartamentos de alquiler. Lujosos y caros, pero eso no importaba a Claire. Ella ganaba el dinero con facilidad.

El elevador la depositó en la séptima planta.

Claire Mitchell taconeó por el alfombrado corredor, hasta detenerse frente a una de las puertas. De un reducido bolso extrajo la llave del apartamento.

Penetró, encendiendo la luz del *living*.

La mujer se encaminó directamente al dormitorio, se despojó de los zapatos, lanzando un profundo suspiro de alivio. Abrió la puerta del baño, manipulando en el grifo del agua caliente de la bañera.

Volvió al dormitorio.

Los dos botones de la falda se vieron libres, cayendo la tela sobre la alfombra. La blusa también quedó a si pies. Fue entonces cuando Claire oyó aquel ruido.

Parecía llegar del salón.

La mujer quedó unos segundos rígida.

El sonido no volvió a producirse.

Dedujo que lo había imaginado. Fue de nuevo cuarto de baño para cerrar la llave del agua. Al regresar a la habitación, quedó paralizada de terror.

Estaba allí.

Junto a la puerta.

Sonriente.

¡Era William Collier!

* * *

Claire Mitchell quiso gritar.

Entreabrió los labios, reflejando en su rostro una mueca de terror e incredulidad. Ningún sonido escapó de su garganta. El miedo se lo cortaba.

William Collier se aproximó.

Sin abandonar la sonrisa.

Su alargado rostro semejaba una máscara de cera. Su palidez era intensa. Propia de un... de un cadáver. Sus característicos ojos saltones parecían querer saltar de las órbitas y la cicatriz de su mejilla izquierda tenía un repulsivo color verdoso que destacaba

poderosamente en el blanquecino rostro. Aquellos carnosos labios continuaban sonriendo en satánica expresión.

Claire se llevó las manos a la garganta.

—No... no es posible... ¡Estás muerto! ¡Estás muerto!

Collier dejó escapar una ronca carcajada.

Gutural.

Inhumana...

Alargó su brazo derecho. Los engarfiados dedos se aproximaron al rostro de Claire. Esta ya no pudo dormitar por más tiempo su terror. Se desvaneció queriendo así librarse de la demoníaca visión.

No llegó a caer.

Los brazos de William Collier lo impidieron. Cargó con ella depositándola con suavidad sobre el lecho.

Aquellos saltones ojos contemplaron a la mujer.

—¿Por qué? ¿Por qué me traicionaste, Claire? Ahora vas a morir....

Collier retrocedió abandonando la habitación. Recorrió el pasillo hasta introducirse en la cocina. Abrió varios cajones. De uno de ellos sacó un cuchillo de ancha y larga hoja.

Un cuchillo de carnicero.

Volvió sobre sus pasos.

Claire continuaba inconsciente.

El hombre depositó el cuchillo sobre la mesa de noche. Del bolsillo de su chaqueta extrajo un rollo de cinta adhesiva taponando con ella la boca de Claire.

La mujer abrió en ese momento los ojos.

Vio muy cerca el satánico rostro de Collier.

En los ojos de Claire volvió a reflejarse un indescriptible terror, incredulidad, desesperación... Como procedente de un lejano eco, escuchó la carcajada de Collier. Sintió como unas viscosas manos se deslizaban por su garganta.

Más tarde, los engarriados dedos de Collier se apoderaron del cuchillo. Lo ancha hoja se tiñó de rojo una y otra vez...

3

GLENN MCGOOHAN terminó de afeitarse. Desconectó la maquinilla eléctrica justo en el momento en que sonaba el timbre de la puerta. El agente del FBI consultó la esfera de su reloj preguntándose quién podía ser su visitante. Patty quedaba descartada, puesto que ya debía estar en su oficina aporreando la máquina de escribir.

McGoohan fue hacia el *living* a la vez que concluía el lazo de su corbata. Al abrir la puerta parpadeó perplejo. Fue una de las pocas veces en que G-men expresó su sorpresa.

Esta era lógica.

Bajo el umbral estaba Warren Ruggles en persona. Algo malo debía ocurrir para que el SAC se desplazara hasta allí. Era la primera vez que sucedía semejante circunstancia.

—¿No puedo pasar, Glenn?

—Sí, por supuesto.

Glenn McGoohan se hizo a un lado.

Warren Ruggles penetró mostrando en su frente profundas arrugas y arqueando sus pobladas cejas hasta casi unirlas. Aquel era un mal síntoma. Muy conocido en el Departamento. Bear Warren estaba próximo a estallar y su úlcera a flor de piel.

—¿Ha terminado de vestirse, Glenn?

—Solo coger la chaqueta.

—*Okay*. Entonces ya nos podemos ir.

McGoohan no formuló ninguna pregunta. Un buen agente del FBI se limita a obedecer a su superior y dominar su curiosidad. Tras

pedir disculpas fue al dormitorio regresando a los pocos minutos con la chaqueta ya puesta. Terminó de acoplarse la funda sobaquera.

Abandonaron el apartamento en silencio.

El negro y fúnebre «Pontiac» de agente especial encargado estaba aparcado en doble fila. Llegaron ante él.

—Conduzca usted, Glenn. Yo me encuentro algo nervioso.

—Muy bien, señor.

Se acomodaron en el vehículo.

Glenn McGooohan introdujo la primera velocidad.

—¿Al Departamento?

—No. Hacia la zona del Madison Square. A la Levin Avenue.

El «Pontiac» inició la marcha.

El SAC se reclinó en el asiento cerrando los ojos.

—¿Vio ayer por televisión a nuestro amigo Martin?

—Sí, señor.

—¿Qué opina de la carta de Collier?

—Un truco de Hugh Rooney para duplicar la tirada del Death.

—Sí, eso pensé yo en un principio.

Glenn McGooohan desvió momentáneamente la mirada hacia su superior. Este no se percató, puesto que continuaba con los ojos cerrados.

—¿Ya no piensa igual, señor?

—No. Ha ocurrido algo. Esta mañana, al salir de casa en dirección al Departamento, permanecí hablando unos minutos con el patrullero Raymond. Se recibió durante nuestra conversación una llamada por radio. Una mujer había sido asesinada en su domicilio. Decapitada. Su nombre era Claire Mitchell.

Las manos de McGooohan se cerraron con fuerza en torno al volante; pero su rostro permaneció impasible. Sin alterar su condición de inexpresivo.

Warren Ruggles prosiguió:

—Puede que se trate de la hija del matrimonio Mitchell. Por eso he acudido a recogerle en vez de ir al Departamento. Echaremos un vistazo. No me gusta el nauseabundo sensacionalismo del Death, ni que se juegue con la muerte de William Collier. Se está investigando la carta recibida en la redacción del rotativo. Si es

obra de Rooney o Martin pagarán las consecuencias.

—Ayer hablé con Claire Mitchell.

Ruggles abrió súbitamente los ojos.

—¿Cómo?

—Después de ver la emisión de Donald Martin. Estaba con... con una vecina. Casualmente ella conocía a una tal Claire Mitchell. Era una remota posibilidad de que se tratara de la hija de los Mitchell de Hyland Road; pero decidí comprobarlo personalmente.

—Bien hecho. Siga, Glenn. ¿Dio con ella?

—Sí. Era efectivamente la hija de los Mitchell asesinados por Collier. Estos cuidaban del hijo de Collier recibiendo a cambio una importante cantidad mensual. Claire visitaba la granja con frecuencia, y rencorosa con William Collier, le denunció. La historia parece terminar ahí. Todo queda solucionado al descubrirse la identidad del informador de Donald Martin.

—Pero no es así. Esa muchacha ha sido asesinada. Pensar en la venganza de Collier desde el Más Allá es absurdo.

—Hay algo que me preocupa, señor. La carta enviada al Death menciona a Claire Mitchell y su traición. ¿Cómo está al corriente de eso el autor de la carta? ¿Solo el propio Collier o los padres de la muchacha podían saberlo!

—Tengo una explicación para eso, Glenn —dijo Ruggles con una leve sonrisa de suficiencia—. La carta puede ser obra de Hugh Rooney o de Donald Martin. Tal vez de ambos. Son astutos, ambiciosos y sin escrúpulos. El inventar esa historia les reporta buenos beneficios. Masivas ventas del Death, popularidad en las emisiones de Martin...

—Pero Martin no conocía a Claire Mitchell. Ignoraba la identidad de su informador.

—Es posible. Donald Martin es un tipo inteligente. Después de recibir la información de la muchacha, la siguió u ordenó hacerlo a alguna persona de su confianza. Descubrió el domicilio de la muchacha y, por tanto, su nombre. Claire Mitchell. Hija de los Mitchell de Hyland Road. El deducir una traición de la mujer era sencillo.

McGoohan aprobó el argumento de su superior.

—Cierto.

—Ayer solicité del teniente Showalter la carta enviada al Death. Los muchachos del laboratorio están trabajando en ella. Si se descubre que es obra de Hugh Rooney, juro cerrar su pocilga durante una larga temporada.

El «Pontiac» se estaba aproximando al Madison Square. No llegó a él. Se desvió hacia la East 26Th Street. La avenida mencionada por Warren Ruggles estaba a poca distancia de Gramercy Park. En la zona donde se situaba el club Capricorn.

Glenn McGoohan enfiló por la Levin Avenue. No le fue necesario preguntar a su superior el número de la casa. Dos coches de la Metropolitan Police, con la luz roja giratoria destellando en la capota, estaban frente al edificio 832. También se había estacionado allí una ambulancia. Varios policías acordonaban la zona alejando curiosos e impidiendo la entrada a los periodistas que ya acudían prestos a la caza de noticias.

McGoohan y Ruggles descendieron del «Pontiac».

Tres de los agentes uniformados que custodiaban la entrada saludaron respetuosos. Los dos hombres del FBI subieron en el elevador acompañados de un policía de paisano.

Descubrieron al teniente Showalter dando órdenes en el *living* del apartamento. El policía no pudo ocular su contrariedad al ver a los G-men. Todavía estaba receloso por lo ocurrido en la granja de Hyland Road. Tenía acorralado a William Collier. De llegar los refuerzos hubiera acabado con él, pero aquel Glenn McGoohan se llevó el triunfo para el Federal Bureau of Investigation.

El teniente esbozó una irónica mueca.

—Creo que trabaja demasiado, señor Ruggles.

Bear Warren sonrió como una hiena. Podía leer con claridad los pensamientos del teniente.

—Casualmente me enteré de lo ocurrido. ¿Quién descubrió el cadáver?

—Una mujer que diariamente viene a limpiar el apartamento. Lamento que no pueda hablar con ella.

—¿Por qué no?

—La pobre sufre un ataque de nervios. Nos hemos visto obligados a internarla. Su descubrimiento no ha sido agradable. Yo mismo he estado a punto de vomitar.

—Le creía acostumbrado a esto, teniente.

John Showalter entornó los ojos apretando con fuerza las mandíbulas.

—Jamás se acostumbra uno. Cada día surgen nuevos monstruos. Y el asesino de esta muchacha ha demostrado ser el mismísimo Satán.

—Se trata de Claire Mitchell, ¿no? La hija de los Mitchell de Hyland Road.

—Es de suponer. Lo ignoro todavía.

Warren Ruggles dirigió una penetrante mirada al teniente de la Metropolitan.

—¿Lo ignora? Este es el apartamento de Claire Mitchell, ella está aquí, muerta. ¿Le resulta muy difícil identificarla? La misma mujer de la limpieza le puede haber...

Showalter le interrumpió.

Con ronca voz.

—La muchacha ha sido decapitada, señor. Todavía no hemos encontrado su cabeza.

* * *

Glenn McGoohan experimentó la misma sensación que el teniente.

Deseos de vomitar.

El agente del FBI se consideraba un hombre duro. Acostumbrado a todo. Pero estaba equivocado. Una tenue palidez cubrió sus facciones al contemplar el mutilado cadáver. El propio Warren Ruggles con sus largos años de experiencia, estaba lívido.

El cadáver yacía sobre el lecho.

Sin cabeza.

Sobre un enorme charco de sangre.

—Mis hombres están buscando por todo el apartamento, aunque puede que el asesino se la llevara consigo

En ese momento se aproximó uno de los hombres de la Metropolitan. Procedía del cuarto de baño.

—Ya la hemos encontrado, teniente.

Showalter y los dos hombres del FBI se encaminaron al cuarto contiguo. La tapa de uno de los depósitos bajos del agua había sido

levantada.

Y allí, en su interior, flotaba la cabeza de Claire Mitchell.

La cinta adhesiva continuaba taponando su boca, sus ojos seguían abiertos y desorbitados, la mueca de horror no había abandonado su desencajado rostro.

—¿Es ella, Glenn?

McGoohan demoró la respuesta a su superior. Al responder, su voz se convirtió en leve susurro.

—Sí, es Claire Mitchell.

—Bien. Salgamos de aquí. Necesito respirar.

Dos hombres hacían funcionar sus máquinas sacando fotografías desde todos los ángulos posibles. Expertos en dactiloscópica realizan minuciosos trabajos busca de posibles huellas.

Ruggles y McGoohan llegaron al *living*.

—¿Habló ayer con Claire en este apartamento?

—No, señor. Fui a su lugar de trabajo. Al Capricorn, un club cercano a Gramercy Park. A poca distancia de aquí.

—Investigue allí. Quiero una relación de las amistades masculinas que frecuentaba Claire Mitchell. Yo me quedo con el teniente Showalter. Nos reuniremos más tarde en el Departamento.

—Muy bien, señor.

Glenn McGoohan descendió en el elevador.

Se llevó un «Pall Mall» a los labios procurando borrar de su mente la macabra visión del cadáver. No lo consiguió. Se sentía algo culpable de la muerte de Claire. Debió prevenirla. Incluso ordenar que la protegieran del peligro. Estaba amenazada de muerte y él la dejó sola.

El G-men se pasó una mano por la frente.

Amenazada por William Collier.

Por un muerto.

¿Cómo protegerla del ataque de un fantasma?

Glenn McGoohan profirió una soez maldición por pensar aquellas estupideces. El asesino de Claire era un hombre real. De carne y hueso.

¿Quién?

Tal vez un enemigo de Claire. Un hombre que aprovechó la maldición de Collier para cometer su crimen.

Sí.

Esa era la mejor hipótesis.

El agente del FBI salió a la calle avanzando por la Levin Avenue. Sus ojos buscaron repetidamente un taxi, pero sin éxito. El Capricorn estaba en aquella zona, pero las calles neoyorquinas eran endiabladamente largas.

Al llegar a la primera esquina, un «Cougar» giró con estridente chirriar cerrando el paso al agente.

—Hola, Glenn. ¿Te llevo a algún sitio?

McGoohan arqueó las cejas.

No conocía a la mujer del «Mercury Cougar», no obstante, aceptó la invitación con una amplia sonrisa. Pasó por delante del coche para abrir la portezuela. Se acomodó en uno de los asientos de cubo, a la vez que dirigía una intensa mirada a la mujer.

Era joven. De unos veintidós o veintitrés años. Pelo negro peinado muy moderno. Rostro de pómulos algo salientes, los ojos oscuros, la nariz breve y unos labios carnosos de tentadora curva. Lucía un vestido camisero en tejido de seda. Muy veraniego. El escote era atrevido. Los senos de la mujer asomaban tersos y bronceados. La orilla del vestido también dejaba al descubierto los muslos femeninos mórbidos y torneados.

—¿Sorprendido, Glenn?

—Siempre he soñado con que una linda mujer me invitaba a subir en su coche. ¿Nos conocemos?

—Yo a ti sí. Eres muy popular últimamente. Soy Eva Marie Janssen. ¿Has oído hablar de mí?

—¿Era obligado?

La muchacha rio alegremente. El claxon de otro coche solicitando paso le hizo poner el «Cougar» en marcha. Al accionar el pedal, la falda subió un poco más. Hasta límites insospechados y turbadores.

—No, por supuesto; pero creí que ya era un poco conocida. Al menos lo soy en Vermont. Tengo mi domicilio habitual en Bennington y me dedico a escribir novelas sobre los personajes del hampa. Empecé con la historia de Bonnie Parker y Clyde Barrow, la de Dillinger, «Pretty Boy» Floyd... mi último libro publicado está relacionado con la familia Manson. Actualmente estaba trabajando

en la historia de William Collier. Creí que esta había terminado en la granja de Hyland Road, pero no ha sido así. William ha comenzado su venganza desde el infierno, ¿no?

—Collier ha muerto. Y su vida de violencia y muerte concluido.

—Hablares de ello con más calma.

—Si ese es tu interés, mejor será bajar del coche. Continuaré a pie.

—¡Oh, no! Me portaré bien y tendré la boca cerrada. ¿Contento? ¿Adónde te llevo?

—Al club Capricorn.

—¿Era Claire Mitchell la mujer asesinada en el 832 de la Levin Avenue?

—¿Ya empezamos?

—¿Yo? No te estoy preguntando nada relacionado con William Collier, sino con la muerte de una mujer. ¿O acaso es Collier el asesino?

Glenn McGoohan extrajo su cajetilla de tabaco. No se molestó en ofrecer un cigarrillo a su acompañante.

—Tú, los periodistas ansiosos de macabras noticias... el morbo de un público sediento de emociones fuertes... Todos desean interiormente que, a la muerte de Claire Mitchell, siga la de Donald Martin, la de Hugh Rooney... y la mía. Saben que no puede ser obra de William Collier, pero disfrutan con solo imaginarlo. Tu libro tendrá éxito. Todo un *best-seller*, los periódicos y revistas especializadas se llenarán de rojos titulares...

—Vivo de mis novelas.

—¿De veras? ¿Por qué no te dedicas a hacer nuevas versiones de Blancanieves, Pinocho, Peter Pan...?

Eva Mane sonrió.

—Entonces no publicaría ni uno sola línea. El público, estoy de acuerdo contigo, quiere emociones fuertes. Mi editor lo sabe y solo me acepta literatura negra. Me he desplazado hasta Nueva York para obtener todos los datos posibles en relación con la muerte de Collier. Con ella se termina mi novela.

—No hablaré de Collier.

—No te pido eso, Glenn. Tengo una fotografía tuya. Saldrá reproducida en mi libro. También quiero hablar de ti. Del hombre

que mató a William Collier.

—Yo soy muy modesto.

—Al Federal Bureau of Investigaron le gusta la publicidad. Te invito a cenar, Glenn. Me contarás cosas de tu vida. De dónde eres, tus costumbres, tu ingreso en el FBI. hablaremos de tu novia... ¿Tienes novia, Glenn?

—No.

Eva Marie dibujó unos hoyuelos al sonreír algo contrariada.

—Te inventaré una.

—¿Por qué?

—William Collier es el personaje malo de mi novela, aunque me ocupe de él en los doscientos cincuenta folios. A ti te dedicaré los dos últimos capítulos. Como héroe defensor de la ley. Y un héroe debe estar enamorado de una dama. Eso gusta al público.

Habían llegado trente al Capricorn. La mujer detuvo coche sin abandonar la sonrisa de sus carnosos labios.

Glenn McGoohan entornó los ojos con una mano en el abridor de la portezuela del «Cougar».

—Al Federal Bureau of Investigaron ciertamente le gusta la publicidad, Eva Marie. En Hoover tenemos también un buen jefe de relaciones públicas. Pero a mí no me agrada la popularidad. Máxime por haber matado a un hombre. Aunque este fuera un bicho como William Collier.

—En mi novela debo indicar al hombre que acabó con Collier. Y hacer una semblanza de él. No quiero presentarlo como un matarife al servicio de la ley. Sino como un hombre con sentimientos, fiel cumplidor de su deber. Quiero conocerte. De no ayudarme buscaría información de ti por terceras personas. Y eso no siempre está conforme con la verdad. ¿Qué existe de malo en contarme a grandes rasgos tu vida, Glenn?

El agente del FBI consultó la negra esfera de su reloj. Estaba perdiendo mucho tiempo con aquella muchacha.

—*Okay*, muñeca. Tú ganas. ¿Dónde es la cena?

—Habitación 305 del hotel Itasca. ¿A las ocho?

McGoohan dirigió una última y admirativa mirada a las mórbidas piernas de la mujer. No dudó la respuesta.

—A las ocho.

El agente abandonó el coche para introducirse en Capricorn.

4

GLENN MCGOOHAN succionó el cigarrillo.

—Poco he podido averiguar, señor. Claire Mitchell llevaba una vida algo... agitada. Era una muchacha introvertida. Poco amiga de hacer confidencias. Tenía muchos acompañantes, pero ninguno fijo. He conseguido una relación de los que se dejaban ver con más frecuencia. Ayer fue acompañada por un tal Roben Rowan, propietario de unos grandes almacenes próximos al Capricorn. Fui hasta su casa para hacerle algunas preguntas. Cenó con Claire después de que esta terminara su actuación en el club y luego recorrieron varias salas de fiesta hasta las tres de la madrugada. Dejó la muchacha en la puerta de su casa.

Warren Ruggles parecía preocupado, las arrugas de su rostro se habían acentuado y los ojos se perdían semiocultos por las pobladas cejas. El SAC se incorporó del sillón giratorio comenzando a pasear por el despacho.

—Bien. Enviaré a algunos agentes para que vuelvan interrogar a ese tal Rowan. Es de suponer que fue el último en ver a Claire Mitchell con vida. También se interrogará a todos los hombres de la lista proporcionada en el Capricorn.

—¿Nos hacemos cargo del caso, señor?

Warren Ruggles levantó la carpeta de mesa alargando un papel hacia McGoohan. Este lo reconoció al instante como una comunicación oficial.

Procedente del alto mando.

—Lea esto, Glenn. Lo acabo de recibir hace unos minutos. Firmado por el propio Hoover.

Los grises ojos del agente contemplaron el mensaje.
Muy breve y redactado con letras de molde.

«FBI Headquarters Washington.

«SAC Nueva York.

Intervengan asesinato Claire Mitchell. Stop.
Ultimar caso relacionado carta William Collier.
Stop. Actúen de inmediato. Stop.

» Hoover.»

Glenn McGoohan depositó el papel sobre la mesa. Quedó en silencio. En espera de que hablara su superior. Este lo hizo a los pocos segundos, tras un prolongado carraspeo.

—El asesino se apoderó de un cuchillo de la cocina. Un cuchillo descomunal. Seccionó la yugular de la mujer, pero no se dio por satisfecho. Continuó hasta segar su cabeza y luego jugó al escondite con ella.

—¿Se han encontrado huellas?

—No. Han sido borradas cuidadosamente. El asesino es un profesional. Sin embargo, en la escalera de incendios hemos hallado un encendedor con las iniciales W. C.

McGoohan tragó saliva.

—William Collier...

—Los de dactiloscópica están trabajando en las huellas encontradas en ese encendedor —continuó Ruggles, ignorando deliberadamente el nombre pronunciado por su subordinado—. También siguen en la carta enviada Death. El sobre tenía un remite impreso por detrás. Lo cubrieron con un grueso trazo de tinta negra.

—Con rayos infrarrojos...

El SAC asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí. Eso han hecho los muchachos del laboratorio, aplicar los rayos infrarrojos, la mancha se hizo más tenue, adquiriendo un gris suave mientras que las letras presas en el remite se destacaban en negro. Se pudo ver un remite muy extraño. El de un sanatorio psiquiátrico a cargo del doctor Brian Powers. Situado en las proximidades de Saratoga.

—Puede que traten de desorientarnos. El utilizar un sobre con remite impreso, aunque este haya sido borrado con tinta negra, no es prudente.

—Muchos ignoran hasta dónde llegan nuestros conocimientos y el valor de los técnicos del laboratorio, Glenn. El vulgo supone que cubriendo con un grueso trazo de tinta negra unas palabras, estas jamás podrán ser descifradas. Grave error. Puede que el autor de la carta no esté al corriente de nuestros adelantos y se confiara. Se investigará en ese sanatorio de Saratoga. Nada perdemos con ello.

—¿La carta fue escrita a mano?

—Sí. El papel es del mismo tipo que el sobre. Ello quiere decir que ambos proceden del sanatorio psiquiátrico mencionado. Una cosa es casi segura. El autor de la carta y el asesino de Claire Mitchell son una misma persona. Dado el trágico cariz que ha tomado el asunto, es lógico descartar a Martin y Rooney.

—Sí, eso creo yo también; aunque...

—Adelante, Glenn. Quiero conocer su opinión.

—La carta puede haber sido escrita por Martin y Rooney, pero sin ser ellos causantes de la muerte Claire. La escribieron con ánimo de lucro y popularidad, como una macabra broma que ahora ha adquirido realidad. Claire tenía un enemigo que aprovechó la carta para darle muerte. El siguiente de la lista es Donald Martin, ¿no? Nada le ocurrirá. La maldición de William Collier no seguirá adelante.

Warren Ruggles dejó de pasear por el despacho, volviendo a acomodarse en su sillón. Jugueteó con un cortaplumas.

—Desgraciadamente tenemos infinidad de hipótesis, Glenn. Demasiadas, tal vez. Puede que un loco, el remitente de la carta así lo da a entender, haya decidido matar y ejecutar la venganza de William Collier. Un individuo con delirios de grandeza que decide asesinar a los sentenciados ideados, supongamos, por Martin o Rooney. Un demente que quiere sembrar el terror. Según los de Grafología, la personalidad del autor de la carta es muy voluble. Con altibajos. Calculador e inconsciente. Una imagen algo borrosa. ¿Recuerda el caso Freischer?

—¿El hijo del magnate secuestrado por Collier?

—Sí. William Collier envió una carta solicitando rescate. Aquella carta está ahora siendo comparada con la recibida en el

Death. Espero la respuesta de los técnicos de un momento a otro.

Glenn McGooohan no pudo evitar el dirigir una mirada de estupor al SAC. Perplejo por aquella absurda decisión.

Ruggles esbozó una sonrisa.

—¿Le sorprende, Glenn?

—Pues sí. ¿Por qué confrontar ambas cartas? William Collier ha muerto. No pudo enviarla al Death.

—Simple curiosidad, Glenn. El FBI no cree en resucitados, pero jamás deja un cabo suelto. Reconozco que es un absurdo, aunque así quedará descartada oficialmente la intervención del fantasma de William Collier. Tenernos el tipo de letra de Donald Martin y Hugh Rooney. No corresponde al original enviado al Death. Muy lógico. Ellos no cometerían la estupidez de escribirla por su propia mano. Pueden...

Unos discretos golpes a la puerta interrumpieron a Warren Ruggles. Tras la oportuna autorización, se abrió la hoja de madera.

Un individuo con gafas de dorada montura penetró en el despacho. Dejó unos papeles sobre la mesa escritorio.

—El informe solicitado, señor.

—¿Y bien?

El recién llegado se pasó la punta de la lengua por los labios en circular trazo. Parecía muy nervioso.

—Afirmativo, señor.

—¿Afirmativo? Explíquese, Lewis.

—La carta del rescate de Stuart Freischer y la enviada al Death fueron escritas por una misma persona. Las dos firmadas por William Collier. El mismo tipo de letra.

El SAC y McGooohan intercambiaron una mirada de asombro e incredulidad. Ruggles carraspeó dominando su estupor.

—¿Sabe lo que eso significa, Lewis?

El hombre asintió.

—No hay duda posible, señor. También nosotros nos negábamos a creerlo. Hemos realizado las pruebas una y otra vez. Estamos seguros. Además, los de dactiloscópica han estudiado las huellas del encendedor encontrado en el apartamento de Claire Mitchell.

El agente especial encargado palideció.

Tuve miedo de formular la pregunta. Con voz apenas audible,

ordenó:

—Siga.

—Las huellas del encendedor pertenecen a William Collier.

* * *

Hugh Rooney era un individuo de rostro grasiento y sudoroso. Su frente siempre aparecía perlada por diminutas gotas de sudor que trazaban finos surcos por sus mejillas. Al alcance de su mano tenía un pañuelo de seda con el que secaba repetidamente su sudor.

Glenn McGooohan estrechó con cierta repugnancia aquella mano blanda, húmeda y carente de energía.

—Siéntese, McGooohan. Es un placer conocerle personalmente. Si ha seguido mis números del Death se habrá percatado de que en varias ocasiones le he dedicado amplios artículos. Es usted uno de los hombres más famosos de Hoover. La última vez que le vi fue en el aeropuerto Kennedy, tras abatir a tiros al portorriqueño secuestrador del «Boeing 747» de la TWA. Un buen trabajo. Y ahora, con la muerte de William Collier, está en la cúspide de la fama. Gracias a usted, he duplicado la tirada del Death y lanzado ya dos números extra. Aquí tiene el segundo —Hugh Rooney tendió un ejemplar hacia el agente—. Recién salido de las máquinas. Se pondrá a la venta dentro de unas horas.

Glenn McGooohan contempló la llamativa portada del Death. Encabezada por el grueso titular de «Terror Story». Había sido reproducida tan solo la cabeza de Claire Mitchell. Sobre un fondo rojo semejando un enorme charco de sangre. En las páginas interiores, una biografía de la muchacha. Fotos de un *strip-teasse* realizado por Claire en un cabaret de The Bowery durante sus duros comienzos. Todos los trapos sucios de la mujer sacados a relucir con crueldad y sadismo. En el Death se entremezclaba la violencia con el erotismo. Con un repugnante comentario sobre la muerte y violación de Claire Mitchell terminaba el reportaje.

—¿Qué le parece, McGooohan?

El agente del FBI arrojó despectivo el ejemplar sobre la mesa.

—Una basura.

El propietario-editor del Death enrojeció.

—Una basura con cuatro millones de tirada. Pocos ejemplares

son devueltos, McGoohan. El Death se vende muy bien.

—No lo dudo. Al público le gusta la carroña.

—¿Ha venido a insultarme?

—Mi intención era hablar con Donald Martin. En la emisora me comunicaron que se encontraba aquí.

—Salió hace unos minutos, iba en dirección a su casa. Sospecha que nosotros somos los autores de la carta, ¿no es cierto?

—¿Estoy equivocado?

—¡Sí! ¡Ya nos han molestado bastante! —Rooney se pasó el pañuelo de seda por la frente—. Dos horas en el Departamento para tomar muestras de nuestra escritura. Ni Martin ni yo escribimos esa maldita carta. Esta se recibió en el buzón de correspondencia instalado en la fachada del edificio. No llegó por correo.

—Eso ya lo sé, Rooney. ¿Conoce el sanatorio psiquiátrico del doctor Brian Powers?

Hugh Rooney parpadeó perplejo por aquella pregunta. Demoró unos segundos la seca y tajante respuesta.

—No.

—¿Cómo se siente un condenado a muerte, Hugh?

La carcajada del editor resonó en el despacho con estridencia.

—Usted también lo está, McGoohan. William Collier nos sentenció a los tres. Martin, McGoohan y yo. Una broma estúpida que, con la muerte de Claire Mitchell, parece tomar forma. No temo a los fantasmas, amigo.

—¿Y Donald Martin?

—Es más impresionable. Piensa aceptar un trabajo que le han ofrecido en San Francisco. Tiene miedo.

—¿A William Collier?

—¿Por qué me hace esas preguntas absurdas, McGoohan? ¿Trata de asustarme? ¡Collier está muerto! ¡Usted mismo le introdujo una bala en el corazón! ¿Intenta sonsacarme la verdad? La carta no es obra nuestra. ¡Investigue en otra parte! ¡Aquí está perdiendo el tiempo!

Glenn McGoohan se incorporó sonriendo. Parecía divertirse la excitación de Rooney.

—¿Quiere protección de la policía, Rooney?

—¡No!

—Okay. Puede que el próximo extraordinario de Death esté dedicado a la muerte de su propietario. Ese día le prometo comprarlo, Rooney. No lo perdería por nada del mundo.

El agente del FBI abandonó el despacho del editor.

Tras él quedó Hugh Rooney secando el sempiterno sudor de su rostro. Muy pálido, las últimas palabras de McGoohan le habían impresionado. Estaba asustado, pero no quería reconocerlo.

Glenn McGoohan salió de la redacción del rotativo. Con un cigarrillo humeando en sus labios. En el asiento delantero de su viejo «Mustang» estaba acomodado un individuo que contemplaba en superficial mirada un ejemplar del vespertino New York Post. Desvió los ojos cuando McGoohan se introdujo en el vehículo.

—Muy rápido, Glenn.

—Martin no estaba ahí.

—¿Vamos a su casa?

Glenn McGoohan contempló la esfera de su reloj. Faltaban un par de horas para su cita con Eva Marie.

—Sí, Cliff. Iremos hasta allí. Rooney y Martin están asustados. Creo que son ajenos a la carta.

Cliff Travers era dos años mayor que McGoohan. Llevaba cinco años en el Federal Bureau of Investigation. Un buen agente con una intachable hoja de servicios. Junto con McGoohan había sido designado por el SAC para llevar el caso.

Travers era un individuo rubicundo, atlético y de jovial expresión. Comenzó a reír.

—Se ha demostrado que la carta fue escrita por William Collier. ¿No te entra en la cabeza?

McGoohan dio marcha atrás para acto seguido doblar el volante y salir del aparcamiento. Enfiló por la ancha avenida.

—En efecto, Cliff. No acabo de asimilar eso. No me imagino a un muerto escribiendo una carta.

—¿Qué me dices del encendedor? Con las huellas de Collier.

—Huellas no recientes —recalcó McGoohan—. Se ha comprobado que...

—No importa eso —interrumpió su compañero—. Son de William Collier. Y la carta enviada al Death fue escrita por él. No hay duda posible. Idéntico tipo de letra y escritura.

—Todo esto es muy extraño, Cliff. Nos enfrentamos a un plan diabólico, pero no sobrenatural. En el apartamento de Claire Mitchell fueron borradas cuidadosamente todas las huellas; sin embargo, se encontró el encendedor junto a la escalera de incendios.

—¿Crees que lo dejaron allí deliberadamente?

—Ajá.

—¿Con qué fin?

—Hacernos creer que William Collier es el asesino. Que cumple su venganza desde el Más Allá.

Travers chasqueó la lengua un par de veces.

—Absurdo. Jamás llegaremos a suponer semejante hipótesis. El asesino trata de confundirnos. Collier no tenía parientes, familiares ni amigos. Al menos conocidos. Sus padres y hermanos murieron hace años. William Collier reposa ahora en el depósito de Bisse Hill. Su eterna morada. Paz a los muertos. Ellos no andan ni escriben cartas amenazadoras.

—Una historia de terror... Sí, eso es lo que estamos viviendo. Empiezo a creer en ella.

—No digas tonterías.

—El autor de la carta estaba al corriente de la traición de Claire a Collier. Y solamente este y el matrimonio Mitchell lo sabían. Los tres murieron en la granja. ¿Puedes explicarme el misterio?

Cliff Travers se mesó en nervioso ademán su pelirrojo cabello. Movi6 la cabeza de un lado a otro.

—No, maldita sea. No entiendo nada. Todo es un cúmulo de absurdos e incongruencias.

En uno de los compartimientos del salpicadero se veía un Portáfono. Un teléfono *standard* que operaba en un radio de acción de cincuenta kilómetros a la unidad base. El Portáfono encendió su luz roja de llamada.

Cliff Travers accionó la palanca del altavoz sin necesidad de atrapar el micro.

—Travers al habla.

Se oyó una burlona voz.

—Hola, pelirrojo. ¿Está McGoohan contigo?

—Sí.

—¿Dónde os encontráis?

Travers dirigió una fugaz mirada por la ventanilla el «Mustang».

—Próximos al Central Park. Hemos dejado atrás el Rockefeller Center y vamos en dirección al domicilio de Donald Martin.

—Yo en vuestro lugar retrocedería un poco para hacer una visita a la St. Patrick's Cathedral y encomendar mi alma. No quisiera estar en vuestro pellejo.

Travers profirió una maldición. Larry, el de comunicaciones, siempre estaba de broma.

—¿Qué diablos ocurre, Larry?

La voz de Larry llegó ahora sin su característica inflexión burlona.

—Se trata de William Collier. Su cadáver ha desaparecido del depósito de Bisse Hill. Sin duda está vagando por las calles de Nueva York.

* * *

Nicoletta Martin se consideraba una mujer muy afortunada. Su desmesurada ambición había tenido éxito. Quedaba muy lejana la época en que deambulaba por la Fontana de Trevi sonriendo a los turistas que arrojaban monedas, cuando se sentaba provocativa en las escalinatas de la Trinitá dei Monti... Sí. Su vagar por las calles de Roma ya casi estaba olvidado. Aquellos tiempos de miseria quedaban muy atrás. Su suerte fue conocer a Donald Martin. Y su fortuna casarse con él.

Ahora, con la nacionalidad americana, tenía de todo. Todos sus caprichos eran complacidos por Martin. Marido ideal rayando la estupidez.

Nicoletta disponía de varios abrigos de pieles, infinidad de vestidos, un maravilloso y deportivo «Corvette» para su uso exclusivo y aquel magnífico bungalow enclavado en la zona residencial de Geer Boulevard. Lujosamente decorado al estilo inglés

Nicoletta era diabólicamente hermosa.

Y ella lo sabía.

Tenía la belleza de las italianas. Rostro de óvalo redondo enmarcado por la negra mata de su pelo. Ojos grandes, pómulos

salientes, nariz bien perfilada y unos labios gordezuelos. Sus caderas también eran ampulosas. Nicoletta soñó en un principio con ser artista de cine. En Roma, un oscuro realizador de *spaghetti-western*, le hizo varias pruebas algo ligera de ropa. Lo único que consiguió fue un leve resfriado. Las fotos quedaron sin duda para la colección particular del director italiano.

La mujer estaba tendida sobre un largo sofá. Sus manos sostenían un ejemplar del Vogue. Sobre la mesa próxima, un vaso conteniendo un estimulante combinado con masivas dosis de *gin*.

El timbre de la puerta hizo incorporarse a Nicoletta. Estiró los brazos voluptuosa. Lucía una larga bata de seda que anudó superficialmente a la cintura. El amplio escote, unido a la transparente tela, permitía el turbador espectáculo del nacimiento de sus opulentos senos.

Con marcado ondular de caderas se encaminó hacia el *living*.

Donald Martin siempre olvidaba las llaves. En esta ocasión las había dejado sobre la mesa de noche del dormitorio.

Abrió la puerta.

No era su marido.

Nicoletta abanicó en repetido parpadeo sus largas pestañas.

Sorprendida.

El individuo que estaba bajo el umbral vestía con elegancia, aunque no sabía llevarla. Era muy alto. Sus facciones pálidas. Casi blanquecinas. Los ojos muy saltones y una cicatriz en su mejilla izquierda.

—¿El señor Martin?

—Todavía no ha llegado, pero le espero de un momento a otro.
¿Quién es usted?

—Gary Kendall, agente del FBI.

—¿FBI?

El hombre penetró en la casa con paso decidido. Sin esperar la invitación de Nicoletta.

—Tengo orden de vigilar la casa y protegerles.

—¿De qué? Supongo no se tratará de esa absurda historia de William Collier, ¿verdad?

—¿Ha oído hablar de Collier? ¿Le ha visto alguna vez reproducido en los periódicos?

—¡Oh, no! No me interesan las crónicas de sucesos. Yo soy una mujer muy sensible. Donald, mi marido, se entusiasma por eso. Su reportaje en directo de la muerte de Collier fue algo espectacular y dinámico.

—Sí. Parecía retransmitir un partido de béisbol.

Nicoletta rio divertida.

—Donald es así. No se inmuta ante nada. ¿Quiere pasar al salón, señor Kendall? Nunca había hablado con un agente del FBI. ¿Contra quién debe protegernos?

—Se lo diré luego. En presencia de su marido.

—Como guste.

Se adentraron en el salón.

—¿Puedo ofrecerle un whisky? ¿O no bebe estando de servicio?

El hombre sonrió, agrandando la cicatriz de su rostro.

—Tomaré ese whisky.

Nicoletta procedió a preparar el whisky en un pequeño mostrador donde se alineaban infinidad de botellas. Añadió al vaso unos cubitos de hielo y un poco de soda.

El llamado Gary Kendall estaba junto a ella. Devorándola con la mirada. Los saltones ojos del hombre recorrieron lujuriosos el tentador cuerpo femenino.

Nicoletta se percató de ello, pero no se sintió halagada según era su costumbre. Aquel Gary Kendall le resultaba repulsivo. Instintivamente se anudó mejor la bata ocultando el nacimiento de sus senos.

Forzó una sonrisa.

—Donald no tardará en llegar. Ya debería estar aquí,

—¿De veras? Entonces tengo poco tiempo.

—¿Qué quiere decir, señor Kendall?

—Yo no soy Gary Kendall, nena. Tampoco pertenezco al Federal Bureau of Investigation.

Los ojos de la mujer reflejaron un súbito temor. Retrocedió unos pasos hasta tropezar en la pared.

—¿Quién... quién es usted?

El hombre dejó escapar una satánica carcajada.

Gutural.

Ronca.

Inhumana.

—Mi nombre es William Collier...

El grito que se inició en la garganta de Nicoletta quedó bruscamente cortado. Las manos del individuo se cerraron alrededor de su frágil cuello. Lentamente aproximó su rostro al de ella.

Los saltones ojos brillaron lascivos.

Nicoletta luchó por zafarse de su opresor. Las uñas de su diestra trazaron tres surcos en la mejilla del nombre. Junto a su verdosa cicatriz. Aquello le hizo reír como un poseso. Desgarró con brutal ademán la bata de seda.

Nicoletta, segura de enfrentarse al mismísimo Satán, enmudeció de terror.

5

EL «Firebird», un aerodinámico y deportivo coche de la Pontiac, era de vivo color rojo. A Donald Martin siempre le había gustado destacar. Llamar la atención a su alrededor. Ahora se arrepentía de ello. Hubiera deseado pasar desapercibido. Durante el trayecto por las concurridas calles neoyorquinas dominó su miedo, pero al adentrarse por Geer Boulevard renació su temor. Aquella larga fila de bungalows le semejaban fríos y descomunales mausoleos. Ya había conseguido comprador para la casa. Convencería a Nicoletta para que se trasladaran a San Francisco.

¿El motivo?

Martin aprisionó con más fuerza el volante.

Miedo.

Terror...

Sí.

Donald Martin tenía miedo a morir. Por eso aceptó de inmediato el trabajo ofrecido en San Francisco. No dudaba en convencer a Nicoletta. Ella empezaba a aburrirse en Nueva York.

Martin aminoró la velocidad dejando de pisar el pedal del gas.

Estaba llegando a casa y una sensación de alivio se reflejó en su rostro. Geer Boulevard aparecía iluminada en las primeras horas del atardecer. Sin embargo, por la avenida no circulaban muchos coches.

Y aquello hacía temblar a Martin.

El terror estremecía su cuervo dominando a la razón. William Collier estaba muerto. Nada podía temer. Se comportaba como un estúpido al no controlar sus nervios y no reconocer lo absurdo de

su pánico. Además, estaba prevenido. Llevaba en su poder una «German Luger».

Pero William Collier estaba muerto.

¿Se puede disparar contra un muerto?

¿Matar a un muerto?

Donald Martin comenzó a reír como un estúpido. Nerviosamente.

El «Firebird» cruzó el seto que rodeaba el bungalow, recorriendo el sendero que conducía al garaje. La piscina quedó a su izquierda.

Martin sonrió.

Estaba en casa.

A salvo.

Divisó luz en el salón de la casa.

Donald Martin hizo sonar el musical claxon repetidamente. Una vez más, había olvidado las llaves del bungalow, pero su encantadora Nicoletta acudiría a abrirle. Como todos los días.

Introdujo el coche en el garaje colindante con la casa. Silbando alegremente un viejo tema de Sinatra. Desconectó el «Firebird» apagando los focos. Al abrir la portezuela para salir quedó como paralizado. Mudo de terror y asombro.

Estaba allí.

Frente a él.

El miedo hizo reaccionar a Donald Martin. Llevó su diestra al interior de la chaqueta con ánimo de apoderarse de la «German Luger», pero el hombre de la cicatriz fue más rápido. De un violento patadón cerró la puerta del auto golpeando brutalmente a Martin. Luego se abalanzó sobre él arrebatándole la pistola. Unas manos grandes, con dedos engarfiados como zarpas, aprisionaron a Donald Martin por la chaqueta obligándole abandonar el coche.

Se escuchó una demoníaca risa.

—Hola, maldito. ¿Me conoces?

Donald Martin tenía los ojos desmesuradamente abiertos. Contemplando incrédulo aquel satánico rostro de cadavérica palidez. Aquellos saltones ojos y la verdosa cicatriz de la mejilla. Estaba ante William Collier.

Era él.

Había regresado del infierno.

—¿Me reconoces, hijo de perra?

Martin estaba aprisionado contra la carrocería del auto. El hombre de la cicatriz le golpeaba la cabeza una y otra vez contra el marco de la portezuela.

—Sí, eres Collier, ten piedad...

—¿Piedad? ¿Qué es eso, Martin? —rio el hombre, en ronca carcajada—. Tú avisaste a la policía, he muerto por tu culpa, y ahora me acompañarás al Más Allá...

—¡No! ¡No!...

Las descomunales manos del individuo sujetaron con fuerza la cabeza de Martin. Nuevos y brutales golpes contra la carrocería dejaron rojas manchas de sangre. Luego introdujo la cabeza de Martin en la ventanilla y comenzó a subir el cristal.

El asesino rio divertido. Luego retrocedió, jadeante, para contemplar su obra. Volvió a reír roncamente.

En ese momento, un rayo de luz le iluminó fugazmente.

Un auto dejaba Geer Boulevard para introducirse en el cercado bungalow. El coche era un «Mustang» y dos hombres iban en su asiento delantero.

Los focos volvieron a iluminar parte del garaje.

—¡Allí, Glenn! —gritó Cliff Travers, extendiendo el brazo derecho y señalando hacia una de las esquinas de la casa.

Glenn McGoohan se percató de la furtiva sombra que saltaba ágilmente el seto pasando al bungalow vecino.

Los dos agentes del FBI abandonaron velozmente el auto.

Fue entonces cuando la luz del salón de la casa se apagó.

McGoohan dudó una fracción de segundo. Su diestra ya empuñaba el revólver.

—Hay alguien en la casa, Cliff. Ve allí. Puede que Martin o su mujer necesiten ayuda.

Glenn McGoohan emprendió veloz carrera hacia el lugar donde había desaparecido el individuo. Su compañero Travers se dirigió a la casa. Su mano derecha también sostenía con firmeza el reglamentario revólver del treinta y ocho. La puerta de entrada aparecía abierta y la luz del *living* encendida.

Cliff Travers se adentró hacia el salón.

Estaba envuelto en la penumbra.

Con el cañón del revólver accionó el conmutador

Los ojos del agente recorrieron la amplia sala. Detenidamente. Todo parecía estar orden. No había nadie en el salón; sin embargo... ¿quién había apagado la luz minutos antes?

—¡Señor Martin!

La llamada de Cliff Travers quedó sin respuesta.

El agente del FBI cruzó el salón encaminándose hacia una de las puertas. Esta comunicaba con una espaciosa cocina. La ventana, desde la cual se veía parte de la piscina, aparecía abierta.

Regresó al salón.

Por primera vez descubrió la zapatilla de mujer situada junto al bar mostrador. Fue hacia allí dirigiendo una mirada tras el mostrador. Travers palideció retrocediendo instintivamente unos pasos. Se apoyó en la barra sin apartar los ojos del suelo.

Allí yacía Nicoletta.

Lo que quedaba de ella.

Estaba muerta.

Un crimen monstruoso.

Glenn McGoohan penetró en ese momento en el salón. Con el rostro sudoroso y entrecortado respirar.

—Desapareció sin dejar rastro. Como un fantasma

Ante el silencio de su compañero se aproximó también al pequeño bar. McGoohan esperaba el macabro espectáculo, pero pese a ir prevenido no pudo evitar que las náuseas se apoderaran de él. Procuró dominarse apretando con fuerza las mandíbulas. Con furia. Controlando su ira.

—Maldito asesino... Maldito y sucio bastardo...

—Es... es algo monstruoso, Glenn. Obra de un loco. Tenemos que avisar al Departamento.

—Ya lo he hecho. Hay otra víctima, Cliff. En el garaje.

Travers no se sorprendió.

—¿Martin?

—Sí.

—Y el asesino escapó ante nuestras propias narices. Si hubiéramos llegado unos minutos antes...

Glenn McGoohan golpeó con el dedo índice la cajetilla de tabaco hasta sacar un cigarrillo.

—¿Crees que el hombre que vimos saltar el seto era el asesino?

—Por supuesto.

McGoohan entornó los ojos.

—Entonces, ¿quién apagó la luz del salón?

* * *

El «Mustang» dejó atrás Geer Boulevard.

Sus dos ocupantes iban en silencio.

Todavía impresionados por el horripilante espectáculo y furiosos por no haber impedido los asesinatos.

Cliff Travers recordó en fea palabrota a la madre de misterioso asesino.

—No estamos siendo muy eficaces, Glenn. ¿Te has fijado en la mirada que nos lanzó Bear Warren? No hubiera arrancado la piel de buen grado. No me gustó que nos enviara a descansar. Lo de descansar lo recalcó con marcada ironía. Está enfadado con nosotros.

—También lo estoy yo.

—Nada hemos podido hacer, Glenn. Mañana será otro día.

—Y puede amanecer con otro muerto.

—¿No has oído a Ruggles? Envío a cuatro hombres con la orden de no separarse de Hugh Rooney. Cogemos al asesino. Los muchachos trabajan de firme encontrarán alguna pista en el bungalow.

McGoohan rio con acritud.

—¿Alguna pista? ¿Te refieres a más huellas de William Collier?

—¡Collier está muerto, maldita sea! Alguien está ejecutando una absurda venganza. Un loco. El asesino abusó de Nicoletta. Al igual que con Claire Mitchell. Nos enfrentamos a un maniaco sexual. William Collier no era así. No es su *modus operandi*. ¿Recuerdas el secuestro del hijo de Freischer? Le mató de un tiro en la nuca. Al igual que al patrullero, al empleado de la gasolinera... Collier utiliza la pistola. Es enemigo de mancharse con la sangre de sus víctimas. En su amplio historial delictivo, jamás atacó a una mujer.

—Tienes poca memoria, Cliff. ¿Has olvidado a Janice Vaughn?

—¿Janice Vaughn?

—La novia de Collier. La pobre muchacha murió en un hospital

del Bronx. William Collier le arrojó vitriolo al rostro y luego la apuñaló. Ocurrió a finales del 68.

—No se demostró que fuera Collier.

—Aunque la mujer jamás recuperó el conocimiento era fácil deducirlo. Janice permaneció algún tiempo con él. Incluso se dice que contrajeron matrimonio. Puede que de esa unión naciera Freddy.

—¿Por qué dices eso?

—Lo supongo. Si la madre de Freddy estuviera con vida, no tenía el pequeño necesidad de estar al cuidado de los Mitchell.

Cliff Travers quedó en silencio.

No encontró objeción a las palabras de su compañero. Intervino tras dejar transcurrir unos minutos.

—El asesino, sin duda un psicópata, quiere sumergir a Nueva York en un clímax de terror. Por eso robó el cadáver de Collier, para simular que este había vuelto a la vida. Puede que fuera un buen amigo y por eso tenga en su poder objetos pertenecientes a Collier que deja punto a las víctimas para sembrar la confusión. ¿Qué opinas, Glenn?

—Doy la razón a Bear Warren. Demasiadas hipótesis para un mismo caso. Lo único cierto es que tres personas han muerto asesinadas. Según la primera impresión del forense, Nicoletta murió treinta o cuarenta minutos antes que su marido. ¿Por qué abrió la puerta al asesino estando sola en casa?

—Tal vez creyera que se trataba de Martin.

—Sí, es posible.

Continuaron en silencio.

El tráfico ya era menos intenso en las calles de Nueva York. El «Mustang» se deslizaba con soltura por Murray Hill. Los parpadeantes luminosos de neón llegaban a marear.

—Déjame en la esquina, Glenn. Seguiré a pie. Quiero pasear un poco y despejarme. Cada vez que pienso en...

Cliff Travers se pasó una mano por los ojos. No consiguió borrar de su mente el ensangrentado cuerpo de Nicoletta.

McGoohan detuvo el auto para que descendiera su compañero.

—Hasta mañana, Glenn.

—Adiós, Cliff.

Glenn McGoohan aprovechó la detención para encender un cigarrillo. Lo succionó repetidamente. Al consultar la esfera del reloj fue cuando recordó la cita con Eva Marie. Las manecillas superpuestas señalaban el número diez.

Podía llegar a la cita con dos horas de retraso.

El hotel estaba en las proximidades de Bryant Park.

El agente del FBI hizo girar el volante hacia una de las bocacalles. El «Mustang» avanzó en dirección a la Avenue of the Americas.

No le importaba llegar con retraso.

* * *

El elevador se detuvo en la tercera planta.

Glenn McGoohan abandonó la cabina recorriendo el alfombrado pasillo del hotel en busca de la habitación 305. Llegó ante ella pulsando el llamador.

La puerta se abrió casi al instante.

El agente parpadeó deslumbrado por la belleza de Eva Marie. La mujer lucía en su honor un modelo en muselina blanca adornado con flores rosas. Escote en V que terminaba a escasas pulgadas de la cintura.

Diabólicamente seductora.

Eva Marie dibujó en sus gordezuelos labios un mohín de disgusto.

—Lamento tener que escribir en mi novela que el agente Glenn McGoohan es muy poco puntual.

McGoohan sonrió.

—Perdona el retraso.

—¿Mucho trabajo?

—Sí.

Eva Marie cerró la puerta.

Se encontraban en un reducido y coquetón salón-recibidor independiente del dormitorio. Tresillo tapizado en un color claro, mesa redonda, mueble-bar y aparato televisor.

—¿Nunca descansa un agente del FBI?

—A veces es difícil conciliar el sueño. Mejor no dormir y evitar las pesadillas.

Glenn McGooohan se había acomodado en el largo sofá.

—¿Preocupado?

—¡Oh, no! Todo marcha bien.

La ironía del agente pasó desapercibida para la mujer.

—Yo ya he cenado, Glenn. Te esperé durante una hora y sospeché que no acudirías. ¿Pido algo para ti en recepción?

En el rostro de McGooohan se reflejó una mueca.

—No. No podría tomar bocado después de... No, no tengo hambre. Gracias. ¿Tienes brandy?

Eva Marie fue hacia el mueble-bar sirviendo una copa de brandy que tendió hacia el agente del FBI. Se sentó a su lado cruzando con sensualidad las piernas.

—¿Es cierto, Glenn?

—¿A qué te refieres?

—Un boletín de televisión informó la desaparición del cadáver de William Collier. ¿Es verdad?

McGooohan sonrió duramente.

—Sí. Nuestro amigo Collier se pasea por Broadway.

La mujer no pareció compartir el negro humor de McGooohan.

—Empiezo a estar asustada por mi libro. No escribo en él detalles macabros, pero sí digo la verdad. Y a veces, esta no es agradable. Puede que también a mí me alcance la venganza.

—¿Tu biografía de Collier es completa?

—Llevo cerca de un año trabajando en ella. Creo que lo es. He reunido información y datos relacionados con la vida de Collier. Muy amplios.

—¿Hablas en tu novela de Freddy?

Eva Marie inclinó la cabeza como avergonzada.

—No. Eso fue una sorpresa para mí. Ignoraba que William Collier tuviera un hijo.

—También nosotros.

—Sin duda de sus relaciones con Janice Vaughn.

—¿Y Collier mató a la madre de su hijo?

—No está demostrado que Collier apuñalara a la muchacha —protestó Eva Marie, con vehemencia—. El arrojar vitriolo al rostro de Janice no es el procedimiento de William Collier. Reconozco que

quedan muchos puntos oscuros en su vida. Me siento fracasada.

McGoohan bebió el brandy depositando la copa sobre la mesa.

—No te preocupes. Tu novela resultará un éxito. ¿Cambiamos de conversación? No me gusta hablar de Collier.

Eva Marie asintió con abierta sonrisa.

—Mi idea era ir, después de cenar, a recorrer Nueva York. Me encantaría conocer la ciudad. Broadway, los *nigh-clubs* de la West 52Th Street, comer en Ground Floor, ir de compras a Saks Fifth Avenue... Bennington es muy distinto a esto. Muy aburrido.

—¿Nunca habías estado en Nueva York?

—No. ¿Me llevas a recorrer la ciudad?

—¿Ahora?

Los ojos de Eva Marie se posaron con intensidad en el rostro del agente. En ardiente y provocativa mirada.

—Creo que ya es muy tarde para salir. Aquí estamos bien. Me has prometido hablar de ti, contarme cosas de tu vida...

—Podemos empezar cuando quieras.

La mujer se incorporó del sofá.

—Voy a ponerme un poco más cómoda. No tardaré.

Eva Marie desapareció tras la puerta que comunicaba con la habitación.

El agente del FBI también se incorporó atrapando la copa y yendo hacia el mueble-bar. Al coger la botella de brandy, un pequeño papel cayó al suelo. Se inclinó para recogerlo.

Allí estaba anotada la minuta solicitada por Eva Marie para la cena. Dos cubiertos. La muchacha había dudado mucho al redactarla, pero al final eligió ricos manjares acompañados de buen vino.

Glenn McGoohan se perdió una magnífica cena.

La puerta de la habitación volvió a abrirse.

Eva Marie quedó apoyada en el quicio.

El vestido de muselina había sido sustituido por una «deshabillé» muy reducida.

La mujer sonrió.

—¿Empezamos, Glenn?

6

GLENN MCGOOHAN encendió un cigarrillo frente al kiosco de prensa. El colorido de las revistas se ofreció ante sus ojos como un arco iris. El *playboy* abierto por sus páginas centrales era como un bálsamo, un cómic del superhombre de turno, cursis y chismosos semanarios femeninos... y el *Death*. Con sus rojos titulares, con su nauseabunda carga de basura servida al ávido público. Pero no era solamente el *Death*, sino los periódicos más serios de Nueva York los que se hacían eco de lo ocurrido el día anterior. La desaparición del cadáver de William Collier y el doble asesinato de Geer Boulevard. Cada uno ofrecía su hipótesis. Disparés. Únicamente el sensacionalista *Death* afirmaba que Collier cumplía su venganza desde el Más Allá, que deambulaba por las calles neoyorquinas, viajaba en el *subway* y se atiborraba en las *steaks houses*.

Aquello no era digno de crédito; sin embargo, los habitantes de Nueva York comenzaban a vivir una psicosis de terror. Recordaban la carta publicada en el *Death*. Las sentencias. Dos de ellas ya se habían cumplido. ¿Llegaría el asesino al final? ¿Cómo pensaba destruir la ciudad de Nueva York?

Absurdo.

Cuando rusos y americanos proyectaban jugar una partida de ajedrez en la luna, en plena era espacial y de adelantos científicos, a los neoyorquinos les inquietaba la venganza de un muerto.

Glenn McGoohan esbozó una sonrisa.

Comprendía a los habitantes de Nueva York.

Deseaban creer en algo que escapara a las fuerzas de la razón.

Algo que no fuera servido por una computadora. Apartarse de lo racional y monótono. Por eso se entusiasmaban con la venganza de William Collier.

El agente del FBI penetró en el edificio situado pocas yardas del quiosco de prensa. Saludó a varios hombres que trabajaban envueltos en humo de tabaco y consumiendo café a grandes dosis. En mangas de camisa. Sudando. Con férrea disciplina y energía. Sin descanso.

Un individuo con un caído y espeso bigote a la Brassens le saludó con cordial sonrisa.

—¡Hola, Glenn! ¿Qué te trae por aquí?

—Hola, Herbert. ¿Cómo siguen Doris y los niños?

—Muy bien. Puedes acudir cualquier día a cenar con nosotros, Glenn. Siempre serás bien recibido. Supongo que quieres hablar con el teniente, ¿no?

—Así es.

—Puedes pasar. Le acabo de servir un barril de tila,

McGoohan sonrió despidiéndose con un ademán. Llegó ante una puerta vidriera. Llamó con suavidad, y sin esperar autorización, accionó el picaporte.

John Showalter estaba junto a la ventana. Mordisqueando furioso un apagado cigarro. Se volvió. Al ver a McGoohan, sus labios dibujaron una sonrisa carente de alegría.

—¡Cielos! ¿Por qué no has anunciado tu visita con anterioridad, Glenn? Te hubiéramos hecho los honores como mereces. El gran Glenn McGoohan, niño mimado de Ruggles, ojito derecho de Hoover, príncipe del Federal Bureau of Investigation...

—¿Ya has terminado?

—Puedo seguir, pero mejor será dejarlo para otra ocasión. No estoy ahora de buen humor.

—¿Preocupado?

El teniente de la Metropolitan Police se permitió una sonora carcajada.

—Eso lo dejo para vosotros, Glenn. Es vuestro caso. El FBI no se está cubriendo de gloria.

—Ríe mejor quien ríe último.

—Claire Mitchell, Nicoletta y Donald Martin ya no reirán jamás.

¿Ninguna pista del asesino, Glenn?

McGoohan se había acomodado en un sillón frente a la mesa escritorio.

—¡Oh, sí, por supuesto! Estamos a la caza del muerto.

—¡Vete al diablo! ¿Sabes una cosa, Glenn? Tengo ocho líneas telefónicas bloqueadas. Se reciben continuas llamadas denunciando haber visto a William Collier. Un individuo de Greenwich afirma que Collier se sentó a su lado cuando viajaba en el subterráneo, una vieja asegura ver a William Collier merodear por su jardín, una solterona jura que Collier intentó abusar de ella en Riverside Park... ¡Estoy harto, maldita sea! ¡Máxime teniendo en cuenta que el caso ya no me pertenece! ¡Está en manos del poderoso FBI!

—¿Celoso, John?

El teniente resopló ruidosamente. Aquello pareció calmarle. Fue hacia su sillón giratorio dirigiendo a McGoohan una fría mirada.

—Eres un buen agente, Glenn. Lo reconozco. Y el Federal Bureau of Investigation una magnífica organización. La mejor, sin duda. Ahora bien, ¿cuántos éxitos ajenos se ha apuntado el FBI?

—No llevo la cuenta.

John Showalter quedó con la boca entreabierta. Esperaba que McGoohan desmintiera y protestara. Iba a volver a hablar, pero el agente se le adelantó.

—Escucha con atención, John. No quiero discutir contigo. Puede que tengas tu parte de razón; pero siempre hemos colaborado juntos. Nos hemos ayudado sin condiciones. Poco importa quién se apunta el éxito. El caso es servir a la justicia, a la ley, castigar al culpable. Esa es nuestra misión. La tuya y la mía.

El teniente sonrió con sarcasmo.

—Tampoco yo quiero discutir, Glenn. Al menos contigo. Conozco a Bear Warren desde hace años. Cuando llegó no era más que un vulgar agente, pero con sus éxitos... y los ajenos, alcanzó la cumbre. Es el SAC de Nueva York. Yo me jubilaré de teniente. En fin, ¿a qué se debe tu visita? ¿Puedo ayudarle en algo?

—Gracias, John. Se trata de Janice Vaughn. Tú llevaste el caso, ¿no?

—¿La novia de Collier? Sí, recuerdo... Vitriolo en el rostro y varias puñaladas en el pecho. La muchacha murió en el hospital sin

poder delatar a su asesino. Se sospechó de William Collier.

—¿Puedo ver el dossier?

Showalter arqueó las cejas.

—¿Lo pide el agente McGooohan o el FBI?

—En el Departamento no saben nada. Podía solicitarlo desde allí, pero no quiero hacerles perder el tiempo. Es simple curiosidad. Algo personal.

John Showalter pulsó una palanca del interfono situado sobre la mesa.

—Herbert, quiero la carpeta del caso Janice Vaughn.

Los ojos del teniente volvieron a posarse en McGooohan

—¿Qué piensas descubrir allí, Glenn?

—Nada. Ya te he dicho que es simple curiosidad.

—El dossier es muy breve, muchacho. No conseguí gran cosa en la investigación. Janice trabajaba como actriz en una oscura compañía teatral. Vivía con una amiga en un apartamento. Una tal Suzanne... no recuerdo ahora el apellido. Fue ella quien descubrió a Janice con el rostro mutilado y desangrándose en el piso. Dio aviso a la policía. Janice fue trasladada al hospital y allí murió. Sin poder recuperar el conocimiento. Esa Suzanne tampoco pudo decirnos gran cosa. Únicamente que William Collier frecuentaba la compañía de su amiga.

Herbert penetró en ese momento en el despacho del teniente. Portaba entre sus manos una roja carpeta que depositó sobre la mesa. Showalter le autorizó para retirarse.

Glenn McGooohan se había apoderado del dossier.

Efectivamente, era muy reducido y el teniente lo había simplificado a la perfección.

—¿Cuál era el apellido de Suzanne? —inquirió John Showalter.

—¡Ah, sí! Suzanne Malden. También trabajaba en el teatro, ¿verdad?

El agente del FBI asintió con la mirada fija en los papeles.

—Ajá... Pero no como actriz. Era la encargada de peinar a la primera actriz, maquillaje, vestuarios... Tenías razón, John. Un informe muy breve.

—Sabía que no encontrarías nada en él, pero no quería que me acusaras de falta de colaboración.

Glenn McGoohan se incorporó.

—No te molesto más, John. Gracias por todo.

—Adiós, muchacho. Suerte. Hugh Rooney no me resulta simpático, pero desearía que continuara con vida. Lo desearía por ti.

—¿Qué quieres decir?

El teniente contempló al agente con triste mirada.

—Si Hugh Rooney muere, tú eres el siguiente de la lista, Glenn.

* * *

Hugh Rooney no había podido conciliar el sueño en toda la noche. En un principio se acostó tranquilo y feliz. La marcha del negocio era óptima. Fabulosa. El Death se agotaba a las pocas horas de su salida. Rooney no tenía miedo a la venganza de un fantasma. Pero cuando los cuatro hombres enviados por Warren Ruggles llegaron a su apartamento, todo cambió. Hugh Rooney palideció al recibir la noticia de la muerte de Martin.

Aquello cambiaba la situación.

Las sentencias de la carta recibida se estaban cumpliendo.

Claire Mitchell.

Donald Martin.

Y ahora le tocaba el turno a él.

¿William Collier el asesino?

No.

Hugh Rooney no temía a los muertos. Collier no podía regresar del infierno. Sin embargo, alguien estaba asesinando en su nombre. Cumpliendo sin piedad lo redactado en la carta.

Y Hugh Rooney era la siguiente víctima.

Aceptó de buen grado la protección de los cuatro hombres del FBI. Pero aquello no era suficiente para que volviera a reanudar su interrumpido descanso. Se levantó con rostro cansino y marcadas ojeras. El optimismo había desaparecido para ser reemplazado por el temor.

Su apartamento estaba cercano a la redacción del Death. Allí tenía mucho trabajo. Le esperaba un amplio reportaje sobre el doble asesinato ocurrido en Geer Boulevard. Sus reporteros ya estaban en acción. Con la habitual eficacia y sangre fría. Sin

importarles el pánico de su editor-propietario.

Hugh Rooney se trasladó al Death custodiado por los cuatro hombres de Ruggles. Dos de ellos quedaron a la puerta del edificio, un tercero junto al despacho del editor y el cuarto se convirtió en la sombra de Rooney.

Seth Massey, redactor jefe, le saludó muy sonriente.

—¿Ya sabe la noticia, señor Rooney? ¡Algo tremendo! Hemos lanzado un *magazine* con el avance de lo ocurrido; pero estamos confeccionando un número extra. Un primer plano del cadáver de Nicoletta Martin que hará estremecer a Nueva York.

El editor contempló fijamente a Massey.

Por primera vez se percató de su rostro enjuto, de sus hundidos ojos y de la nariz ganchuda. Un perfecto buitre que se alimentaba de carroña.

—¿Ya está en máquinas?

Seth Massey sonrió.

—Por supuesto. ¿Quiere bajar a echar un vistazo? Rathbone consiguió buen material.

Rathbone...

Un periodista experto en husmear la basura.

—Sí, vamos.

Se encaminaron al elevador. El agente encargado de la custodia de Rooney quedó en el largo corredor mientras el ascensor descendía a los talleres. Efectivamente, las máquinas ya estaban trabajando. Una de las páginas, con la tinta fresca, estaba siendo examinada por el jefe de sección. Una magnífica fotografía. Un espeluznante primer plano de la cabeza de Donald Martin aprisionada en la ventanilla del coche. Se habían manejado las tintas con gran efecto. La lengua asomaba con un rojo intenso, las facciones desencajadas...

Hugh Rooney palideció.

Tuvo que apoyarse para no caer presa de unas terribles náuseas. Sintió deseos de vomitar.

—¿Se encuentra bien, señor Rooney?

Rooney no se dignó contestar a su redactor jefe. Dirigió una circular y angustiosa mirada por los talleres. Pudo acudir a los lavabos de aquella planta, pero no quiso demostrar su debilidad

ante sus empleados. Con presuroso paso se encaminó hacia la salida. Tuvo que hacerse a un lado para dejar paso a una de las furgonetas que transportaban material de imprenta.

Salió a la calle.

No estaba en la fachada principal del edificio, sino en una de las bocacalles. Por aquella amplia puerta entraba la mercancía. Era también la salida para el personal de servicio.

Hugh Rooney se dirigió al *snack* situado frente por frente a la salida secundaria del Death.

No se percató de que estaba cometiendo un lamentable error.

Penetró en el *snack* con semblante pálido. Pocos clientes en la barra y un individuo jugando en la máquina tragaperras.

—Buenos días, señor Rooney —saludó el del mostrador—. ¿Qué le sirvo?

—Un whisky... doble...

Hugh Rooney se encaminó con vacilante paso hacia los lavabos. Con la frente perlada por diminutas gotas de frío sudor. Se introdujo en el reservado.

El individuo de la máquina tragaperras interrumpió el juego. Sus saltones ojos contemplaron con indiferente mirada la puntuación alcanzada en el luminoso tablero. El hombre también se dirigió a los lavabos.

Empujó la puerta.

A la entrada se veían tres lavabos con sus correspondientes espejos. Al fondo, dos compartimientos privados. Uno de ellos estaba con la puerta cerrada.

El hombre de los ojos saltones permaneció unos minutos frente al primer espejo. Luego se encaminó al reservado que aparecía cerrado.

Esperó.

Sonriente.

Oyó cómo Hugh Rooney vomitaba en el interior.

El individuo de los ojos saltones se acarició la mejilla izquierda. Sus dedos pasaron con suavidad por la cicatriz. Su mano derecha se introdujo en el bolsillo interior de la chaqueta. La sacó empuñando un cuchillo de corta y ancha hoja.

La puerta del reservado se abrió.

Hugh Rooney apareció limpiándose la boca con un pañuelo. Palideció al ver al individuo de la cicatriz. Abrió los labios, pero ningún sonido brotó.

El cuchillo se había hundido en su garganta.

* * *

Hugh Rooney apareció doblado en dos en el reducido reservado. Los níveos azulejos salpicados de sangre. La cabeza de Rooney apenas estaba unida al tronco. De un brutal tajo le habían seccionado la yugular. El asesino no se contentó con eso. El cuerpo de Rooney estaba cosido a puñaladas. Profundas heridas en pecho y vientre. El propietario editor del *Death* se bañaba en un charco de sangre. Una muerte espeluznante y violenta que haría las delicias de sus lectores.

Glenn McGoohan había ido al Departamento. Allí se recibió el aviso de lo ocurrido en el *snack*. El propio Warren Ruggles se había desplazado para presidir el interrogatorio.

—Repita la descripción del individuo. Desde el principio.

El *barman* hizo una mueca de fastidio.

—¿Otra vez?

—Le puedo cerrar el establecimiento y así podrá venir con nosotros sin prisa alguna. En el Departamento nos contará la historia una y mil veces. Las que sean necesarias. Hasta que me canse de oírle.

El tipo del mostrador creyó las palabras de Ruggles.

—Bueno... Era un individuo muy alto. Rostro alargado y pálido. Los ojos grandes, muy saltones... Sus manos eran enormes. Me pidió un vaso de leche, y con el cambio fue hacia la máquina tragaperras. Permaneció allí unos quince minutos. Miraba hacia la calle como si esperara la llegada de alguien, pero sin duda vigilaba la salida posterior del *Death*.

—Ahorre los comentarios y siga.

—Sí, señor. Hugh Rooney entró solicitando un whisky doble. Parecía muy asustado. Mientras le servía, fue a los lavabos. El individuo que jugaba en la máquina tragaperras fue también hacia allí. Salió a los cinco o seis minutos, abandonando el local. Inquieto por lo prolongada tardanza del señor Rooney, fui al reservado y...

el resto ya lo saben.

Warren Ruggles se rascó con el dedo índice una de sus pobladas cejas. Dirigió una mirada a McGoohan.

—Alto, de rostro alargado, ojos saltones... ¿Le recuerda a alguien, Glenn?

El agente del FBI comprendió la insinuación de su superior.

—Falta un pequeño detalle, señor.

—Sí. Ya me he percatado de ello —Ruggles se encaró nuevamente con el barman—. Has olvidado la cicatriz de su mejilla izquierda.

El empleado del *snack* parpadeó perplejo.

—¿Cicatriz? No llevaba ninguna cicatriz...

—¿Está seguro?

—Por completo, señor.

McGoohan y Ruggles se distanciaron del mostrador.

El cadáver de Hugh Rooney estaba siendo retirado en ese momento.

—Bien... esto se complica cada vez más.

—Estoy tras una pista que considero buena, señor.

—¿Relacionada con sus órdenes al servicio de información?

Glenn McGoohan asintió con un movimiento de cabeza.

—Quisiera ir al Departamento para saber si han llegado las respuestas.

—Puede ir. Aquí ya poco tenemos que hacer. Glenn...

—Diga, señor.

—El agente Travers irá con usted. Con orden de no separarse de su lado un solo instante. Es el siguiente de la lista, Glenn. No lo olvide.

El G-men sonrió duramente.

—No lo olvido, señor.

McGoohan se encaminó hacia la puerta de salida. Allí ya le esperaba Cliff Travers.

—En marcha, Cliff.

—¿Voy contigo?

—Ajá. De ahora en adelante, serás mi sombra. Mi ángel de la guarda.

—Estoy preocupado, Glenn. Ese maldito asesino parece tener un pacto con el diablo.

Llegaron ante el «Mustang».

Los dos G-men se introdujeron en el vehículo.

—Pronto caerá en nuestras manos, Cliff.

—Espero que así sea. Tú eres la próxima víctima.

Glenn McGoohan puso en marcha el «Mustang». Doblaron la esquina. Al pasar frente a la fachada principal del Death, detuvo bruscamente el auto, asomando la cabeza por la ventanilla.

—¡Eva Marie!

La muchacha estaba junto a la entrada del edificio y parecía buscar un taxi. Acudió a la calzada al ver a McGoohan.

—Hola, Glenn... Me acabo de enterar de lo ocurrido. Ha sido horrible...

—¿Qué haces aquí?

—Había concertado una cita con el señor Rooney. Pensaba pedirle documentación gráfica relacionada con William Collier para mi novela.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte?

—No... esperaré a un taxi. Ahora ya tengo la mañana libre.

—¿Te parece bien almorzar conmigo?

—Desde luego, Glenn.

McGoohan consultó su reloj.

—Dentro de tres horas pasaré a recogerte al hotel. ¿De acuerdo?

—Allí te esperaré.

Glenn McGoohan se despidió con una sonrisa. Pisó el pedal, reanudando la interrumpida marcha.

Su compañero Travers chasqueó la lengua.

—Reconozco que la chica es algo fuera de serie, Glenn; pero yo, en tu lugar, pensaría en otras cosas.

McGoohan sonrió divertido.

—Soy un condenado a muerte, Cliff. Una buena comida en compañía de una hermosa mujer, es mi última voluntad.

7

GLENN MCGOOHAN abandonó las oficinas centrales del Federal Bureau of Investigation en la ciudad de Nueva York. Iba contemplando unos informes que allí le habían sido proporcionados. Los guardó en el bolsillo interior de su chaqueta al llegar junto al «Mustang».

Cliff Travers le dirigió una suspicaz mirada.

—Pareces muy contento, Glenn. ¿Buenas noticias?

—Magníficas. Las horas del asesino están contadas.

—¿De veras? Me gustaría tener tu optimismo, muchacho. Claire Mitchell, Nicoletta y Donald Martin, Hugh Rooney... para ser el siguiente de la lista, no estás muy preocupado.

McGoohan ya se había acomodado frente al volante. Encendió un cigarrillo, tras ofrecer la cajetilla a su compañero.

—Sé quién es el asesino, Cliff.

Travers dio un respingo en el asiento.

—¿Quién es?

—William Collier. Creí que va estabas al corriente, Cliff.

—¡Vete al cuerno!

McGoohan rio en estridente carcajada, a la vez que introducía la primera velocidad en el «Mustang». El coche se sumó al intenso tráfico neoyorquino. Poniendo a prueba los nervios de acero de su conductor. Boredearon el Times Square, en dirección a la Avenue of the Americas. Poco más tarde, el Bryant Park le indicó la proximidad de su destino.

Estacionó el coche en el parking del hotel Itasca.

—¿Adónde vas, Glenn?

—Tengo una cita.

—Te adelantas veinte minutos.

—Es posible. Hasta luego.

—Yo voy contigo, Glenn. Orden de Bear Warren. No separarme de ti un solo instante.

McGoohan entornó los ojos.

—El almuerzo es para dos, Cliff. ¿No lo comprendes?

—¡Está bien, maldita sea! Te esperaré en la barra del hotel.

—*Okay.*

El agente del FBI abandonó el auto, encaminándose a la entrada del hotel. El uniformado portero, le abrió la puerta, ceremonioso.

Glenn McGoohan se introdujo en uno de los elevadores, pulsando el indicador de la tercera planta. Comenzó a silbar.

El tema central de *Love story*.

Esbozó una sonrisa al recordar la portada del *Death*.

Terror Story.

Sí.

En Nueva York se estaba viviendo una auténtica historia de terror.

El G-men salió de la cabina. Apenas había avanzado unos pasos por el corredor, cuando sonó la voz a su espalda.

—¡Quieto, McGoohan!

El agente del FBI se detuvo.

Giró lentamente.

Se encontró frente a un individuo alto, de pálido y alargado rostro. Ojos saltones. La diabólica sonrisa acentuaba la cicatriz de su mejilla izquierda. Su diestra, de largos y gordezuelos dedos, empuñaba una «German Luger».

McGoohan sonrió.

—¿Eres tú el sosias de Collier?

—Yo soy William Collier.

—¿De veras? ¿Qué tal tu viaje al infierno?

El hombre de la cicatriz dirigió una fugaz y rápida mirada a uno de los elevadores. La flecha luminosa indicaba ascensión.

—Camina, McGoohan. Hacia el montacargas.

El G-men obedeció.

Avanzaron por el corredor.

En uno de los recodos estaba el ascensor destinado al servicio. McGoohan abrió la portezuela y, empujado por el cañón de la «German Luger», se introdujo en la amplia cabina.

—¿Adónde?

—Él último botón, McGoohan. Arriba nadie nos molestará. Pronto te reunirás con los demás. Con Claire, los Martin, Rooney... No estarás solo.

—Muy amable. ¿Eres tú el asesino?

—Sí. Es mi venganza. La venganza de William Collier.

El hombre hablaba con lentitud. Casi torpemente. Sus saltones ojos tenían un extraño brillo. Eran los ojos de un perturbado.

—Tú no eres Collier.

—Lo soy. Soy William Collier.

Glenn McGoohan rio en burlona carcajada.

—La cicatriz. Se ha desprendido uno de los extremos.

Instintivamente, el individuo se llevó la mano izquierda a la mejilla. Picó el anzuelo tendido por el G-men. Este lo aprovechó para lanzarse sobre él, desviando el brazo armado de un seco golpe en la muñeca.

No soltó la «German Luger».

El hombre comenzó a reír, como un poseso, a la vez que su zurda se estrellaba con violencia sobre el rostro de McGoohan. El agente del FBI retrocedió a consecuencia del impacto. Se enfrentaba a un individuo dotado de fuerza sobrenatural. Volvió al ataque, justo en el momento en que sonaba el disparo.

La bala rozó la cabeza de McGoohan, pero ya había logrado aplicar a su enemigo un mortífero golpe de kárate con el filo de ambas manos. Seguido de un tremendo *crochet*.

El hombre quedó *groggy*, no obstante, se abalanzó sobre el G-men, aprisionándole con sus brazos hercúleos, los dos hombres cayeron al detenerse el montacargas en la última planta.

Sonó un segundo disparo.

Los saltones ojos del asesino parecieron querer salirse de las órbitas. Abrió la boca, reflejando en su rostro una mueca de dolor. Tenía la mano derecha doblada sobre su pecho. Con el negro cañón

de la «German Luger» apoyado en el corazón. Él mismo había apretado el gatillo en el transcurso de la pelea. La bala había perforado el corazón, dibujando la pólvora una estrella en su carne.

Glenn McGoohan se incorporó, jadeante.

A sus pies, el peligroso asesino.

Muerto.

* * *

Warren Ruggles detuvo su nervioso pasear por el despacho.

—La documentación encontrada en el cadáver no era falsa. Lo acaba de comprobar la sección de identificación. Se trata efectivamente de Alex Malden, de treinta y cuatro años de edad, natural de Stamford, Connecticut, internado durante cinco años en un sanatorio psiquiátrico. Trabajó en circos ambulantes haciendo de Hércules. Le despidieron de todas partes por su afición a molestar a las chicas de la compañía. No hay duda. Se trata del asesino. La «German Luger» estaba registrada al nombre de Donald Martin. Y él mismo se confesó autor de las muelles de Claire, los Martin y la de Rooney. ¿No es cierto, Glenn?

McGoohan permanecía apoyado ca la puerta del despacho. En silencio. Pensativo. Alzó la cabeza.

—Sí, señor.

—Quedan algunos puntos oscuros en la historia. Uno de ellos descubrir al autor de la carta enviada al Death. Con más tranquilidad continuaremos investigando en la vida y obra de Alex Malden. Apuesto doble contra sencillo a que guarda relación con William Collier. Iremos atando cabos hasta dar con toda la verdad. También tenemos que encontrar el cadáver de Collier.

—¿Puedo retirarme, señor? — murmuró McGoohan—. No me encuentro muy bien...

—Desde luego, Glenn. Reconozco que se ha llevado una fuerte impresión. Ese Alex Malden se caracterizó muy bien. En la oscuridad era el doble perfecto de Collier. Físicamente, son parecidos. Rostro alargado, los ojos saltones... se ajustó una cicatriz postiza en la mejilla... Escalofriante... Cuando le vi creí estar ante el difunto William Collier. Vaya a descansar, Glenn. No se presente por aquí hasta mañana.

—Gracias, señor.

El agente del FBI abandonó el despacho.

Minutos más tarde el viejo «Mustang» avanzaba a toda la velocidad que le permitía el intenso tráfico. Por segunda vez iba a llegar tarde a una cita con Eva Marie. En esta ocasión, con más de cinco horas de retraso.

El parking del hotel Itasca estaba completo. Los periodistas aún deambulaban por aquella zona, en busca de noticias.

Glenn McGoohan estacionó el coche en doble fila.

Con precipitado paso, se adentró en el edificio del hotel. La sala de recepción aparecía abarrotada. Todos los comentarios versaban sobre lo ocurrido horas antes. Sobre la muerte del peligroso asesino. Varios compañeros de McGoohan permanecían todavía en el hotel.

Glenn McGoohan no tuvo paciencia para esperar a uno de los elevadores. A grandes zancadas, subió la escalera hasta la tercera planta, recorriendo luego el pasillo. Se detuvo en la *suite* 305.

Pulsó el llamador.

La puerta se abrió a los pocos segundos.

En esta ocasión, Eva Marie no parecía estar enfadada por el retraso. Dirigió a McGoohan una amplia sonrisa.

—Mi enhorabuena, Glenn. Ahora sí está justificada tu tardanza. ¡Buen revuelo has organizado en el hotel!

El hombre del FBI penetró en la estancia, cerrando tras de sí. Directamente, se dirigió al largo sofá, dejándose caer con cansino ademán. Extrajo su cajetilla de tabaco.

—Un whisky, Eva Marie.

—Enseguida, Glenn. Te lo has ganado.

La muchacha fue hacia el mueble-bar. Sirvió whisky en dos vasos junto con un poco de soda y cubos de hielo.

Se aproximó a McGoohan.

Seductora.

Diabólicamente bella.

El minivestido negro con adornos de cuero, modelaba su cuerpo como una segunda piel.

—¿Quién era ese hombre muerto en el montacargas, Glenn? ¿El asesino buscado?

—No.

Eva Marie entreabrió sus carnosos labios estupefacta.

—¿No? Todos aseguran que...

El agente del FBI sonrió en amarga mueca.

—Ese hombre, efectivamente mató a Claire Mitchell, a los Martin y a Hugh Rooney; pero no era el principal culpable.

—No comprendo...

—¿De veras, Eva Marie? ¿O debo llamarte Suzanne Malden? Tú, pequeña. Tú eres el cerebro de este diabólico plan.

* * *

La mujer sorprendió a McGooohan. No reaccionó tal y como él esperaba. No protestó ni mostró asombro por las palabras del Glenn, sino que dibujó en sus carnosos labios una sonrisa.

—¿Desde cuándo lo sabes, Glenn?

El agente del FBI succionó el cigarrillo sin apartar los ojos de la muchacha.

—En nuestro primer encuentro cometiste un error. Sin importancia, pero que fue suficiente para hacerme sospechar. Te dije que quería ir al club Capricorn, ¿recuerdas? Y tú me llevaste sin vacilar. Sin la más leve duda. ¿Cómo una mujer que visita por primera vez Nueva York conoce la existencia de un insignificante *night-club*? Reconozco que era un detalle vago, pero en nuestra segunda entrevista quedó olvidado, en esta misma habitación, un papel escrito por tu puño y letra. En él redactabas la minuta para la cena. Tu letra me resultó familiar. Muy semejante a la de la carta enviada al Death. En Quantico recibimos amplias enseñanzas, pero quise asegurarme y llevé el papel al Departamento para que lo estudiaran los técnicos. Resultado positivo. Ambas escrituras eran idénticas. La carta al Death y la minuta fueron redactadas por una misma mano.

La mujer continuaba sonriente.

—¿Algo más, Glenn?

—Lo siguiente fue fácil. En primer lugar, una consulta a Vermont, preguntando por la novelista Eva Marie Janssen, con domicilio en Bennington. Creí que habías utilizado un nombre ficticio, pero Eva Marie existe realmente. Escribiendo novelas sobre

el mundo del hampa, sin pena ni gloria. Su fama solo alcanza al barrio donde vive.

—Por supuesto, Glenn. No era prudente suplantar a una escritora muy famosa.

—La verdadera Eva Marie Janssen, sigue en su casita de Bennington. Feliz con que el editor le acepte una novela cada seis meses. Bien. Quedaba demostrada tu falsedad. Luego investigué la muerte de Janice Vaughn. Allí estaba firmada la declaración de Suzanne Malden. Y nuevamente la escritura correspondía a la carta enviada al Death. Fue una estupidez... Suzanne. El deducir la verdad fue sencillo. Tú estabas con Collier cuando se cometió el secuestro del hijo de Stuart Freischer. Tú enviaste la carta, solicitando el rescate. Nosotros creíamos que la carta había sido escrita por Collier. Por eso, al recibir la del Death, nos desorientó. Collier estaba muerto. ¿Quién era el autor?

—Muy inteligente, Glenn. Te admiro.

—Son tus fallos los que me han conducido hacia ti. También fue un error el cruzarte en mi camino. ¿Por qué lo has hecho, Suzanne?

—No es sencillo acercarse a un agente del FBI para darle muerte. Quería ganarme tu confianza.

—Alex Malden me esperaba aquí, en el hotel. Y solamente tú, por supuesto no cuento a mi compañero Travers, estabas al corriente de ello. Lugar y hora conocido por el asesino. Tú me citaste, segura de que Alex acabaría conmigo.

—Pero fracasó.

—No del todo. Realizó un buen trabajo. Claire Mitchell, los Martin, Hugh Rooney... Alex Malden es tu hermano, ¿no?

—En efecto.

—Tan loco como tú.

Por primera vez, la mujer perdió su aplomo. Enrojeció hasta la raíz de los cabellos, a la vez que sus ojos llameaban furiosos. Con un brillo extraño.

—¡Yo no estoy loca!

—Tu satánico plan lo demuestra, Suzanne.

—Tenía que vengar a William.

—¿Por qué?

—William Collier era mi marido. Y el niño que murió con él, era

mi hijo. ¡Vosotros los matasteis! ¡Vosotros sois los asesinos!

Glenn McGoohan aplastó el cigarrillo en el cenicero.

Procuró aparentar una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—¿Era tu marido? Creí que Janice Vaughn...

—Janice fue su primera novia, pero William se enamoró de mí. Nos casamos en secreto. Janice no se resignaba a perder a William, por eso...

—Por eso le arrojaste vitriolo en el rostro.

Suzanne Malden comenzó a reír.

—Sí... Intentó delatarme y tuve que acabar con ella. A sus gritos acudieron varios vecinos y me vi obligada a dejarla malherida. Afortunadamente para mí no volvió a recuperar el conocimiento. Aquello me puso muy nerviosa. William me llevó a un pueblo para reponerme. Nació Freddy, pero yo continuaba muy enferma. William Collier me internó en una residencia muy bonita situada en Saratoga.

—En el sanatorio psiquiátrico del doctor Brian Powers.

—¡No era un manicomio! ¡No estoy loca! ¿Me oyes, maldito?

—He hablado telefónicamente con el doctor Powers. Te dio el alta, pero reconoce que todavía necesitas cuidados. La muerte de William y Freddy te hizo recaer.

La mujer volvió a reír en desaforada carcajada. De pronto, en brutal cambio, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Recaer? Pasé mucho tiempo en esa clínica, Glenn. Era por el bien de mi Freddy. Yo estaba muy enferma y no podía cuidarle. Me dieron el alta y quedé en reunirme con William en la granja de los Mitchell. Collier iba a dejar su carrera de crimen y violencia. Juntos íbamos a emprender una nueva vida. Los tres. William, Freddy y yo. Íbamos a ser felices... Pero vosotros acabasteis con él. William me telefoneó desde la granja, anunciando la traición de Claire. Me dijo que estaba rodeado por la policía, que habían matado a nuestro Freddy... Y yo juré venganza. Matar a los principales culpables. Tú y Claire Mitchell. Luego me repugnaron los comentarios de ese Donald Martin, los sucios artículos del Death... Ellos también quedaron sentenciados, por burlarse de la muerte de William y Freddy. Y la ciudad de Nueva York. La jungla

del vicio que corrompió a William, sus crueles habitantes, que viven para sí, sin importarles nada ni nadie... la maldita ciudad también está condenada.

—Tu hermano fue el brazo ejecutor.

—Sí, Alex no razonaba bien. Apreciaba a William. Le hice creer que el espíritu de Collier se había encarnado en él. Que debía matar a los culpables. Su parecido físico con William es extraordinario, y yo soy una buena maquilladora.

—Lo sé, Suzanne. Ello también me hizo sospechar.

La mujer pareció no oír el comentario de Glenn McGoohan. Prosiguió hablando. Con los ojos muy fijos en un indefinido punto. El rostro crispado y respirando entrecortadamente.

—Convertí a Alex en un perfecto doble de William Collier, maquillando su rostro hasta en los más mínimos detalles. Yo le acompañaba. Iba tras él, borrando posibles huellas. Alex no es muy inteligente para eso.

—Tú estabas en el bungalow de los Martin cuando Alex escapaba por el jardín, ¿no es cierto?

—Sí. Borrando las huellas por él dejadas. Apagué la luz para llamar vuestra atención y luego escapé por la ventana de la cocina. Lo de Claire fue fácil. Por supuesto que conocía el club Capricorn, Glenn. La muy maldita pagó cara su traición. Luego, Hugh Rooney. Tuvimos suerte. Rooney ya contaba con vigilancia y era difícil acercarse. Ordené a Alex que controlara la salida trasera.

—Sin la cicatriz en la mejilla.

Suzanne asintió, dejando escapar una demencia! carcajada.

—Era muy llamativa. Le ordene ponérsela en el momento de matar a Rooney. Que temblara de terror. Como si William Collier fuera realmente el vengador. De él es la venganza. Solo quedas tú, Glenn. Y luego le llegará el turno a la ciudad de Nueva York.

—¿Cómo piensas destruir Nueva York?

—Me consideras loca, ¿verdad, Glenn? Tú presenciarás mi obra desde el infierno. Contemplantas a millones de personas perecer en la más horrible de las muertes. Tengo el medio. Se trata de Andrew Walston.

El agente del FBI arqueó las cejas, perplejo.

—¿Walston? ¿El científico...?

—Exacto. Su hija fue mi compañera en la clínica de Saratoga. También está algo enferma. Visité varias veces su casa. Andrew Walston trabaja en armas bacteriológicas.

—Fueron destruidas hace algún tiempo, por orden del presidente Nixon. Todas las fabricadas en Pine Bluff, fueron...

—No, Glenn. Se conservaron algunas cantidades para investigar los antídotos capaces de neutralizarlas. Andrew Walston tiene un buen surtido. «Bacillus anthracis», que ocasiona el ántrax letal, «Goviella burnetii», que origina la «fiebre X», el virus de la tularemia... Con ellos, lograré destruir Nueva York. La maldita ciudad que acorraló a William, que no nos dio cobijo...

Una tenue palidez había bañado las facciones de McGoohan. El plan ideado por Suzanne era monstruoso.

La mujer continuó:

—William Collier presenciara mi venganza. Está en Nueva York. ¿Ya habéis encontrado el cadáver?

—No.

—Alex lo robó del cementerio de Bisse Hill por orden mía. Así el terror se haría mayor entre los habitantes de Nueva York. Era la venganza de un muerto. De un cadáver viviente. Alex lo tiene en su casa, enterrado en el sótano...

—Aún no hemos investigado a fondo la vida de tu hermano. Supongo que mis compañeros ya habrán hecho una visita a su domicilio.

—El FBI no logrará impedir mi venganza.

—Todavía estoy con vida, Suzanne.

La mujer había dado media vuelta para depositar el vaso de whisky en el mueble bar. Al enfrentarse de nuevo con McGoohan, su diestra empuñaba una diminuta pistola.

Sonrió.

—Por poco tiempo, Glenn. Celebro que Alex no acabara contigo. El placer será mío.

El G-men se incorporó con lentitud.

—Necesitas cuidados médicos, Suzanne. Estás enferma. El doctor Powers te consideraba curada, pero la muerte de William y Freddy te produjo un fuerte shock. Yo te llevaré con el doctor Powers. Nadie te hará daño.

La estridente carcajada de Suzanne Malden hizo comprender al G-men que sus palabras no habían sido escuchadas.

—Vas a morir, Glenn... Tú también vas a morir... Es la venganza de William Collier... de mi Freddy...

La mujer aprisionó con más fuerza la pistola.

Su dedo índice se cerró alrededor del gatillo.

—Estás enferma, Suzanne... Nadie te hará daño... Te prometo que...

—Asesinos... vosotros sois los asesinos...

En ese momento se abrió bruscamente la puerta. Suzanne desvió el arma, accionando el disparador. Cliff Travers, que había aparecido bajo el umbral, esquivó el proyectil, ladeándose de un ágil salto. McGoochan se había abalanzado sobre la mujer. No tuvo miramientos.

De un seco y violento puñetazo la arrojó sobre el sofá sin sentido.

Travers se aproximó a su compañero.

—¿Llegué a tiempo, Glenn?

El agente del FBI tenía los ojos fijos en Suzanne. Contemplándola con triste mirada.

—Sí, Cliff. Muy a tiempo...

FINAL

WARREN RUGGLES sonreía complacido.

Incluso parecía haber olvidado su úlcera.

—Un plan diabólico, que solo una mente enfermiza podía concebir. Reconozco que todo nos desorientaba. No se me ocurrió suponer que la carta del secuestro no fuera escrita por Collier. Por eso, al coincidir la escritura con la enviada al Death, nos dio quebraderos de cabeza. Suzanne era cómplice de Collier en el secuestro. Ella escribió pidiendo el rescate a Freischer. ¿Por qué enviaría la carta al Death?

McGoohan exhaló una bocanada de azulado humo.

—Lo ignoro. Supongo que su deseo era que todo Nueva York temblara de terror, que todos conocieran la venganza de Collier...

—Ciertamente, hemos vivido una historia de terror. El robar el cadáver de Collier, fue algo macabro. De gran efecto.

—¿Le han encontrado ya?

El SAC asintió.

—En el domicilio de Alex Malden. Triste sino el de la familia Malden. Los dos hermanos con peligrosos desequilibrados mentales.

—Suzanne salió curada del sanatorio. Dispuesta a emprender nueva vida con William y el niño. La muerte de estos, también acabó con ella.

Ruggles entrecerró los ojos, semiocultándolos por sus pobladas cejas.

—¿Es un reproche, Glenn?

McGoohan esbozó una sonrisa.

—No, señor. La muerte del pequeño fue un lamentable accidente. Y William merecía mil veces su triste destino. Sin embargo, en una cosa estoy de acuerdo con Suzanne.

El SAC intercambió una mirada con Cliff Travers. Ambos contemplaron inquisitivos a McGoochan.

—¿Se puede saber en qué? —preguntó Ruggles.

—La ciudad de Nueva York, es cruel. Odiosa. Egoísta. Inhumana con sus millones de habitantes. Puede uno desangrarse en plena Quinta Avenida, que nadie le tenderá una mano.

—Desgraciadamente es cierto, pero no se puede destruir por ello una ciudad. Si se dictara una orden para destruir las ciudades crueles, pocas quedarían sobre la faz de la Tierra.

—Sí, es posible...

—Bien... Mañana realizaremos un informe detallado y minucioso sobre el caso. Pueden retirarse.

Los dos agentes del FBI se despidieron de su superior. Abandonaron en silencio el Departamento.

Cliff Travers palmeó amistosamente la espalda de su compañero, dirigiéndole una animosa sonrisa.

—¿Qué te ocurre, Glenn?

—Nada. Pensaba.

—¿En ella?

—Sí. La imagino otra vez entre cuatro acolchadas paredes. Con duchas frías para calmarla. Buceando en su mente...

—Está enferma, Glenn. Debe someterse a un intenso tratamiento. Tal vez el día de mañana...

McGoochan sonrió amargamente.

Pensó en las armas bacteriológicas.

—Todos, Cliff... todos estamos enfermos... Adiós...

El G-men se acomodó en el interior de su «Mustang». Pronto se vio sumergido por la riada de coches que iban de un lado a otro.

El trayecto hasta su apartamento se hizo largo.

Frank Gray, el recepcionista sordo, le saludó cordial.

El agente del FBI no contestó. ¡Para qué!

Glenn McGoochan abandonó el elevador, recorriendo con lentitud el pasillo. Ya estaba frente a la puerta de su apartamento. Dudó. Su indecisión fue muy breve.

Retrocedió, yendo al apartamento vecino y pulsando el llamador. La puerta se abrió.

La visión de su encantadora vecina pareció borrar su pesimismo.

—Hola, Patty.

—Hola, Glenn.

El G-men penetró en el piso. Con el brazo derecho rodeó la cintura femenina.

—Patty, hoy estoy dispuesto a invitarte a Le Pavillon.

—¿Es cierto eso?

—Te doy quince minutos para cambiarte de ropa.

—¡Oh, Glenn...!

La muchacha corrió por el pasillo. De pronto se detuvo con brusquedad.

—Glenn... tengo una botella de champaña y pollo frío... ¿Por qué no nos quedamos aquí?

—Patty, creo que terminaré por casarme contigo.

Para dar más fuerza a sus palabras la estrechó entre sus brazos. Se unieron en un apasionado beso.

Glenn McGoohan reconoció haber encontrado un ángel en Nueva York.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICÍACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Superman, héroe del comic americano.